

### EL PROFETA AMOS

Lámpara que decora uno de los púlpitos de la Iglesia de la Compañía de Jesús, de Quito, atribuido al pintor panameño, el jesuita Hernando de Urbino, y también al maestro quichúa Nicolás Larrea de Goribar.

Mide 2 metros 083 cm., por 1 metro 284 cm.



# LOTERIA

MAYO DE 1945 — Nº 48

ORGANO DE LA LOTERIA NACIONAL DE BENEFICENCIA

DIRECTOR: JOSE GUILLERMO BATALLA

REDACTOR JEFE: JUAN ANTONIO SUSTO

# La LOTERIA

ORGANO DE LA LOTERIA NACIONAL DE BENEFICENCIA

DIRECTOR: JOSE GUILLERMO BATALLA

REDACTOR JEFE: JUAN ANTONIO SUSTO

## SUMARIO

Portada: El Profeta Amos.

	<u>Páginas.</u>
Gerencia y Junta Directiva de la Lotería Nacional .....	2
Nota Editorial:	
Una Reacción Saludable .....	3
Presidentes de Panamá (Dr. Juan Demóstenes Arosemena) .....	4
Oración Fúnebre .....	7
Página Poética:	
Romance de Mayo, por Gema Endara Peñaherrera .....	9
Oración de Cuna, por José Guillermo Batalla .....	9
El Hermano Hernando de la Cruz, por Juan Antonio Susto .....	10
Panamá la Indiferente, por Armando Solano .....	12
Panamá entre los Faros, por Rafael Heliodoro Valle .....	15
En Panamá, por José de Benito .....	18
El Padre Mario Valenzuela, S. J., por Ernesto J. Castellero R. ....	20
Frases Históricas (Audacia, más Audacia y siempre Audacia!) por J. J. Méndez .....	22
El Honor, por Martica Montero .....	23
Nata de los Caballeros, por Héctor Conte Bermúdez .....	24
Avisos:	
Números favorecidos por la suerte de Enero a Mayo de 1945 .....	11
Lotería Nacional de Beneficencia .....	17
Banco Nacional de Panamá .....	19
A Ud. le interesa saber .....	23
La Revista Lotería .....	28
Guerra al Chance Clandestino .....	29
Lotería Nacional de Beneficencia .....	30
Editora La Estrella de Panamá .....	31
Compañía Panameña de Fuerza y Luz .....	32

GERENTE:

*Pedro Vidal Cedeño.*

SUBGERENTE:

*Rolando de la Guardia*

TESORERO:

*Carlos M. Arango*

JEFE DE CONTABILIDAD:

*Heraclio Chandeck*

SECRETARIO:

*José A. Sierra*

## LA JUNTA DIRECTIVA DE LA LOTERIA NACIONAL DE BENEFICENCIA

Presidente:

**Roberto F. Chiari**

MINISTRO DE SALUBRIDAD Y OBRAS PUBLICAS

Vice Presidente:

**Carmen E. de de la Guardia**

PRESIDENTA DE LA CRUZ ROJA NACIONAL

Secretario:

**José Antonio Sierra**

### DIRECTORES

**Juan Antonio Guizado**

COMANDANTE DEL CUERPO DE BOMBEROS

**Rev. Padre José Angel Torres**

DIRECTOR DEL HOSPICIO DE HUERFANOS

**Roberto F. Chiari**

PRESIDENTE DE LA CAMARA DE COMERCIO

**Eduardo de Alba**

GERENTE DEL BANCO NACIONAL

**Ing. Manuel F. Zárate**

SUPERINTENDENTE DEL HOSPITAL SANTO TOMAS

## Editorial

### UNA REACCION SALUDABLE

Hay fundamento para proclamar que el resultado de la justa eleccionaria que acaba de celebrarse ha servido para evidenciar que nuestro pueblo sí sabe ceñirse a las prácticas sanas en lo que se refiere a los torneos partidaristas, y que sí está capacitado para asumir el puesto conspícuo que le corresponde en el vasto campo de los derechos ciudadanos.

Halaga profundamente el sentimiento patriótico esta realidad prometedora puesta de manifiesto por el electorado al patentizar su voluntad en un ambiente culto y cordial, libre de desórdenes, como lo fue el celebrado el domingo 6 de los corrientes. Y ésto debe ser motivo de plácemes para todos los que queremos lo mejor para esta generosa tierra nuestra, donde el calor de la pasión política se ha encargado de mostrarnos, ni más ni menos, que como una colectividad semi-bárbara, como un conjunto de hombres medianamente civilizados e indignos, por lo tanto, de las prerrogativas y beneficios inherentes a la propia determinación, al ejercicio de la libertad.

Sería injusto dejar de reconocer que gran parte o, mejor dicho, la porción más interesante de este triunfo cívico, debe acreditársele al señor Presidente de la República, quien, haciendo honor a su palabra empeñada, se ha esforzado insistentemente en garantizarle al pueblo panameño, en cuánto de él ha dependido, el correcto desenvolvimiento de sus actividades en los comicios, al amparo de un clima constructivo y de una armonía nacional que contrastan notablemente con la atmósfera deletérea y pesada bajo la cual se han desarrollado en su generalidad nuestras justas pretéritas.

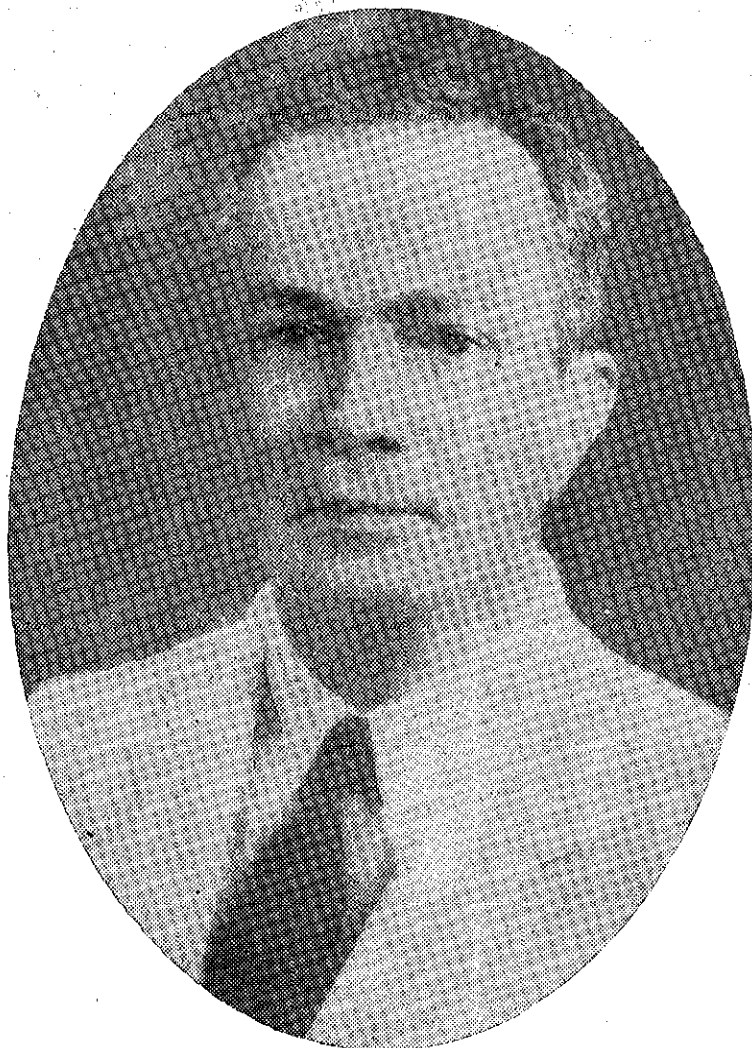
El ensayo, no obstante las incorrecciones y deficiencias de que ha adolecido casi todo el expediente electoral, bien por la falta de escrúpulos desplegada por numerosos Jurados de Votación en el acto de los escrutinios y en la confección de las actas correspondientes, de todo lo cual hay plena constancia en el proceso, o bien por algunas disposiciones del Decreto Electoral que no se ajustan a las normas democráticas que debieron servir de inspiración y esencia en la preparación del mismo, el ensayo, repetimos, ha sido alentador y puede considerársele como un aceptable punto de partida en la marcha hacia la conquista del verdadero republicanismo en nuestra patria.

La República y el señor de la Guardia, tienen derecho a sentirse satisfechos del resultado global de la pugna electoral del 6 de Mayo, que entraña una reacción saludable en materia de sufragios y que marca el principio de una nueva era de rectificaciones democráticas.

J. G. B.

THA 119682  
Analítica

## PRESIDENTES DE PANAMA



Doctor JUAN DEMOSTENES AROSEMENA

Noveno Presidente Constitucional:

1º Octubre 1936 — 16 Diciembre 1939

A las tres de la tarde del día 1º de Octubre de 1936, en el Teatro Nacional, el doctor Octavio Fábrega, Presidente de la Asamblea Nacional de Panamá, al hacer entrega del Mando Supremo de la Nación al doctor Juan Demóstenes Arosemena, Noveno Presidente Constitucional de la República, dijo entre otras cosas, estas frases:

"Habéis sido exaltado por el voto universal del ciudadano al más alto sillal de la democracia después de una agitada campaña eleccionaria en que el pueblo panameño tuvo ocasión de aquilatar vuestras capacidades y virtudes, de analizar vuestra vida pú-

blica, de auscultar vuestros patrióticos anhelos llegando, al fin del análisis, a la conclusión, honrosa para Vos, de que tenéis derecho a la confianza suprema de la Nación istmeña y que sois el más digno de regir los destinos de la patria durante el cuatrenio constitucional que se inicia con este acto solemne".

\* \* \*

El Dr. Arosemena en su discurso de posesión, proclamó lo siguiente:

"Se equivoca quien crea que la dificultad de gobernar un pueblo está siempre en razón directa con la extensión territorial de su suelo o con el índice numérico de su po-

blación. Tan errada es esta apreciación como lo sería la de juzgar la complejidad de un caso clínico por el tamaño o por el peso del paciente, o como la de medir la importancia técnica de una máquina por sus dimensiones o proporciones. Puede exigir más eficiencia arreglar el mecanismo deteriorado de un diminuto reloj que adorna la muñeca de una dama, que echar a andar de nuevo el cien veces más grande de una de nuestras catedrales, y puede ser mucho más apurada la situación del médico frente a la cuna de un recién nacido que ante el lecho de enfermo de un atleta.

"En el caso particular de nuestro país debemos convenir en que a despecho de su pequeñez, de la escasés de su población y de su modesta representación política en el concierto general de las naciones, sus problemas por resolver son tan variados y complejos que exigen de sus dirigentes la más esmerada consagración y su más atento cuidado.

"Toca al gobernante mantenerse invariablemente de su papel de mandatario, atento a cumplir leal y debidamente con las obligaciones que como tal ha contraído con su mandato. La salud del pueblo; el manejo escrupuloso de la hacienda pública; la actitud vigilante para sofrenar en caso cualquiera tentativa de extralimitación de sus funciones en las autoridades subalternas; la garantía del libre ejercicio de los derechos individuales y políticos dentro del marco de la ley; tales deben ser sus más constantes preocupaciones".

\* \* \*

Del libro "*Galerías de Presidentes de Panamá*", cuya segunda edición está en preparación, del Profesor don Ernesto J. Castillero R. tomamos la siguiente biografía: "El 1º de Octubre de 1936 ascendió al sillón presidencial de la República de Panamá un nuevo mandatario: el Dr. Juan Demóstenes Arosemena, ungido por el sufragio de los pueblos del Istmo con la alta dignidad reservada por las democracias a sus hombres distinguidos.

En el orden constitucional, el Dr. Arosemena viene a ser IXº Presidente que con el voto directo de su pueblo haya merecido el honor de tomar en sus manos las riendas del gobierno de la más joven república americana, aunque siguiendo el orden de sucesión de las personas que han tenido oportunidad de ocupar la silla presidencial por lapso más o menos largo, gran número como Encargados

del Poder Ejecutivo, le corresponde el XVIº lugar.

El Dr. Arosemena no es, ni con mucho, un desconocido en el país ni en el exterior. Sus importantes servicios en los distintos ramos de la administración nacional le han hecho acreedor, como una recompensa a su labor ciudadana, a la suprema distinción de que ahora es objeto, y su posición destacada en la Secretaría de Relaciones Exteriores le ha forjado en el extranjero justa reputación de estadista que su inteligencia y su amor al estudio de las cuestiones del gobierno ha logrado sentar con mayor vigor cada día.

La hoja de servicios prestada por él a la nación amerita su personalidad forjada en los afanes del Gabinete y las oficinas públicas. Desde los cargos de poca significación desempeñados al comienzo de la República, hasta las delicadas funciones de las Secretarías de Estado, que abandonó para aceptar su postulación como candidato presidencial del Partido Nacional Revolucionario, sus pasos ascendentes estuvieron determinados por funciones donde dejó huellas de su carácter firme y justiciero. Fue Fiscal del Juzgado Superior, Juez Superior de la República, Secretario de la Corte Suprema de Justicia, Secretario de la Asamblea Nacional, Embajador en la República del Ecuador, Gobernador por seis años de la Provincia de Colón, Miembro del Jurado Nacional de Elecciones, Delegado al Congreso Postal de Madrid y a la Asamblea General de la Sociedad de las Naciones, Jefe de la Delegación Panameña a la VIIª Conferencia Internacional Americana reunida en Montevideo y Secretario de Estado en las Carteras, sucesivamente, de Agricultura y Obras Públicas, de Gobierno y Justicia y de Relaciones Exteriores.

Como Gobernador de Colón fue el embellecedor de la segunda ciudad de la República y primer puerto del Istmo, cada uno de cuyos rincones proclama su nombre, presentándole a la admiración ciudadana como exponente de dinamismo y honradez administrativa. Toda la Provincia recibió los beneficios de su interés gubernativo.

Llamado en 1928 al Gabinete del Presidente, señor don Rodolfo Chiari, para que se encargara de la Cartera de Agricultura y Obras Públicas, inició el embellecimiento de la Capital de la República, pero su obra se vió pronto paralizada al ser transferido a la Cartera de Relaciones Exteriores donde el país necesitaba de sus luces como internacionalista. En este puesto terminó la administración del señor Chiari y continuó en la del señor

Ingeniero don Florencio Harmodio Arosemena, hasta que por desacuerdo con la política de este Jefe del Estado, renunció su posición oficial varios meses antes de la revolución del 2 de enero de 1931 que cambió radicalmente los ideales de gobierno hasta entonces imperantes en el país. Solicitada su cooperación en el Gabinete del Presidente, doctor Harmodio Arias, genuino producto de la revolución del treinta y uno, en las mismas funciones de Jefe la Cancillería, e identificado con el ideario administrativo del nuevo mandatario, supo afrontar con patriotismo, inteligencia y serenidad al lado de éste y de los distinguidos Comisionados, doctores Ricardo Joaquín Alfaro y Narciso Garay, la ruda y continuada pugna diplomática que significó el largo proceso de la negociación del nuevo Tratado de los Estados Unidos, el cual tuvo la satisfacción de sancionar como Presidente de la República en el año de 1936.

Político por natural inclinación y versado como ninguno en tales lides, no quiso, con todo, interrumpir la magnífica labor de reconstrucción nacional que llevaba a cabo el gobierno del doctor Arias con agitaciones que consideró extemporáneas, pero cuando el momento de la acción se hubo presentado y una coalición de los viejos partidos, Liberal Nacional y Conservador, en un anhelo de prolongar los efectos saludables de la buena administración imperante se unieron a los esfuerzos del joven Partido Revolucionario para sacar triunfante su nombre, el deber ciudadano exigió del doctor Arosemena el sacrificio de su tranquilidad y, en obediencia a él se aprestó a la lucha cívica con la misma unión patriótica que puso en todas sus actividades públicas.

Era necesario, más en estos momentos de suma delicadeza para Panamá, ese acto de abnegación, porque la República, como hizo constar ha poco uno de los más conspicuos ciudadanos panameños, don Narciso Garay, "está necesitada de hombres capaces de asumir a un tiempo todas las Carteras, llegado el caso; hombres capaces de resistir a la presión que todos los órdenes de la actividad administrativa y política se ejerce dia-

riamente alrededor de ellos como centro y representación de la autoridad pública. Juan Demóstenes Arosemena es de esa talla. Su probidad es proverbial. Sus propios enemigos políticos confiesan que en este terreno se pasa de la cuenta y es precisamente esa cualidad la mejor garantía de la obra económica y financiera de su administración..."

Desde la más alta magistratura nacional supo el Dr. Arosemena impulsar la República por derroteros de un asombroso progreso en todos los órdenes, que perpetuarán su nombre y harán recordar su administración por las generaciones venideras. La iniciación de la carretera de cemento, el ensanche de calles y plazas en la capital, el desarrollo de la labor de saneamiento en el interior, la fundación del Liceo de Señoritas, el establecimiento de la Granja Agrícola de Divisa, el brillante éxito de los Juegos Olímpicos de 1937 y de la Reunión de Cancilleres americanos en 1939, la reorganización de la policía nacional, la construcción de la Plaza Amador Guerrero y del Cuartel de Bomberos, el establecimiento del Instituto Radiológico que lleva su nombre y, en fin, la creación de la Escuela Normal de Santiago y construcción de sus hermosos pabellones que catalogan a la institución como la mejor de su clase, indiscutiblemente, en todo el continente, son otros tantos monumentos dejados por su gobierno a la admiración y al reconocimiento de las generaciones presentes y futuras.

Largo sería enumerar las muchas obras que dejó aquí y allá por toda la República, como testimonio de su celo por el bienestar del país. Desgraciadamente la muerte sorprendió al Presidente Arosemena nueve meses y medio antes de la finalización de su período constitucional, esto es, el 16 de diciembre de 1939, en momentos en que inauguraba en Penonomé una de esas obras que son expresión de su desvelo por el adelanto de la nación. El país entero se sintió conmovido con la infausta noticia y por eso su sepelio constituyó uno de los homenajes luctuosos más conmovedores que se hayan visto en la capital.

Había nacido el Dr. Arosemena, en la ciudad de Panamá, el 24 de Junio de 1879.

**Proteja a la Lotería Nacional**

**y protéjase usted mismo**

**comprando billetes de la Lotería Nacional de Beneficencia**

# ORACION FUNEBRE

*Amable*  
*7176. 11517*  
pronunciada por el doctor Narciso Garay, Secretario de Relaciones Exteriores y Comunicaciones, en el acto de dar sepultura al cadáver del Excmo. Señor Presidente de la República Doctor Juan Demóstenes Arosemena.

Es con el alma presa de emoción y de dolor como vengo hoy al camposanto a pronunciar mi último adiós ante los despojos mortales del que en vida fué el Dr. Juan Demóstenes Arosemena. Subo a la tribuna doblemente conturbado. Pesa sobre mí la honda pena de asistir a la desaparición prematura de una existencia por mil títulos preciosa para la patria, para su familia, para sus amigos personales y políticos; y soporto, además, la responsabilidad nada leve de sentirme constituido en intérprete del duelo que agobia en estos momentos al Gobierno de la República, huérfano de su jefe y conductor. Sólo me consuela y apacigua en las presentes circunstancias el recuerdo de aquel viejo aforismo que atribuye al corazón la virtud de producir grandes ideas, y mi espíritu no cesa un instante de invocarlo.

Un Decreto del Poder Ejecutivo que me honra sobremanera, me designa para llevar la palabra en esta luctuosa ceremonia a nombre del Gobierno de la República, y antes de comenzar a cumplir el árduo cometido me he preguntado si puede trazarse una línea divisoria que separe herméticamente la vida pública de la vida privada del mandatario extinto, de manera de poder pronunciar aquí un panegírico adecuado a sus merecimientos y a su memoria; y me he preguntado asimismo si existe una demarcación precisa entre los sentimientos oficiales del funcionario público que os habla, y los sentimientos personales del amigo que se duele de la pérdida sufrida, a fin de no traspasar en esta oración los límites asignados convencionalmente a mi mandato; pero he renunciado a responder a mi propio interrogatorio para no correr el riesgo de cerrarme la única puerta de escape, la única fuente de inspiración que me queda abierta en este duro y amargo trance; los latidos del corazón, desordenados y dolorosos.

Tres años largos hace que el Dr. J. D. Arosemena fué investido por el voto del pueblo panameño con el más alto cargo que la República puede conferir a sus hijos preclaros, y desde entonces no ha cesado la Nación de disfrutar de los beneficios de la paz, el trabajo redentor, y la prosperidad. En ningún mo-

mento de nuestra vida republicana y democrática llegó a contemplarse como hoy el espectáculo reconfortante de una ciudadanía pacífica y laboriosa que se mantiene ajena a los ajetreos de la lucha política interna a seis meses apenas de distancia de las elecciones presidenciales y parlamentarias cuatrienales. Esa bendición la han derramado sobre nuestro suelo la divina Providencia y el Presidente Arosemena, a quien Dios premie. Y como ésa, podría citar muchas otras bendiciones donde se repitió ostensiblemente este caso de alianza entre la Providencia del Cielo y la Presidencia de Panamá.

Para llegar a tal resultado era menester un dominio completo de los hombres y de las situaciones, y él supo alcanzarlo con sólo poner en juego las cualidades naturales que hacían de él un Jefe nato. Su devoción nunca desmentida a la causa y a la doctrina liberales, fueron atemperadas por una devoción no menos acendrada a los principios del método, el orden y la claridad que algunos mal intencionados interpretaron erróneamente como revelación de tendencias atávicas de carácter regresivo. Mente simplificadora, polarizada hacia la síntesis, captaba instantáneamente la esencia de las cosas con soberano despego de los detalles secundarios y de la vana palabrería tropical por la cual profesaba un profundo y no disimulado irrespeto.

Un gran sentido político unido a una vasta preparación intelectual y a una concepción pragmática de la vida, dieron a su gobierno, en mala hora tronchado, una fisonomía única en la historia de nuestra vida pública nacional. La línea recta era la trayectoria favorita de su conducta y de su acción. Rápido en sus decisiones, solía ejecutarlas con matemática precisión. La mentalidad del estadista, ingénita en él por razones ancestrales bien conocidas, se aunaba a cierto espíritu de organización militar cuyos orígenes no serían difíciles de rastrear en sus antecedentes genealógicos; y no obstante su vocación rectilínea—si se me permite la expresión—su experiencia del mundo y del gobierno le hicieron comprender en veces las ventajas de la curva suave, más consona con las transigencias de la vida real.



Analizando las múltiples fases de su compleja e ilustre personalidad, hay que convenir en que entre todas sobresalía la fase política, a la cual debió su encumbramiento a la primera magistratura de la Nación. Esa actividad suya tenía raíces profundas en su estructura psicológica, y al subordinarle todas sus demás actividades fue fiel, a su estrella y consecuente con su naturaleza. En esas condiciones, el triunfo tenía necesariamente que sonreírle.

Oradores mejor iniciados que yo podrían comentar con más autoridad y abundancia las excelencias de su brillante carrera política, de la cual sólo puedo reseñar aquí los resultados finales que están en la conciencia pública y fueron de tal magnitud que transformaron en ídolo del pueblo a quien pocos años antes se había juzgado esquivo a los favores de la popularidad.

Plumas mejor talladas que la mía pondrán pronto de resalte su obra meritoria de periodista brioso y combativo, de estadista sereno y patriota, de publicista, de diplomático, de jurista, etc., a fin de que nuestros contemporáneos y nuestros descendientes conozcan algún día en toda su extensión las múltiples manifestaciones de esa inteligencia privilegiada que se dió toda a la patria y a quien la patria debe en justa reciprocidad homenaje de admiración y gratitud imperecederas.

Estrechamente vinculado a su iniciativa y consejo en menesteres públicos de la vida internacional, bien podría, si el espacio me lo permitiera y si la ocasión fuera propicia, desplegar ahora ante mis oyentes el cuadro completo de la labor tesonera por él desarrollada desde su tránsito por el Ministerio de Relaciones Exteriores, en las administraciones de 1928 y de 1932, hasta las postrimerías de su período presidencial que ilustran de modo prominente el canje de ratificaciones del tratado panameño-americano de 1936 y las sesiones memorables de la Reunión Consultiva de Panamá que tanto prestigio y personería internacional comunicaron a nuestro país. Y como en el ramo de las relaciones exteriores en que me tocó ser su asiduo colaborador, en los de obras públicas, gobierno y justicia, hacienda

y finanzas, educación y agricultura, comercio, trabajo e industria, su ascendiente personal constituía un fenómeno de omnipresencia que hacía que cada uno de sus secretarios de estado sintiésemos a cada instante su influjo y su poder, visible o invisible.

No era un secreto para nadie su franqueza y su probidad, las dos piedras angulares de su carácter. De una sola pieza, incapaz de hipocresías y dobleces, era vehemente en la amistad como en la enemistad. En el exceso de su sinceridad, acaso llegó a herir susceptibilidades y a enajenarse la buena voluntad de los temperamentos ultrasensibles; pero pasado el primer escozor los mismos que se sentían lastimados admiraban interiormente su integridad y la pureza de sus intenciones.

Dotado como estaba por la naturaleza de tan pronunciados rasgos de carácter, no es de extrañar que los imprimiera irremediablemente a su propia administración pública, hija de su alma y su criatura predilecta. De ese contagio fecundo y sano fuí testigo presencial durante cerca de cuatro años de una estrecha y diaria colaboración que tenía por único ideal el bien común y que llenará de consuelo y de satisfacción los últimos años de mi vida.

Hombre de pensamiento y de acción a la vez, había en él un equilibrio tan completo, una ecuación tan perfecta entre las dos facultades, que este hecho robustece con un nuevo argumento la presunción ya insinuada en esta oración de que en su persona se realizaba una dualidad atávica de orden cívico-militar. Y fue su actividad constructiva desbordante, esa ansia de servir a sus conciudadanos espiritual y materialmente, una de las causas, si no la única determinante de su fin prematuro que a todos nos ha sobrecogido y que todos deploramos.

Llorado amigo y gran patriota: el recuerdo de tu vida intensa llenará una de las páginas más brillantes de nuestra historia nacional, y nosotros, los que en alguna medida estuvimos asociados a tu gran gesta patriótica, participaremos con orgullo de la gloria y el honor que tan generosamente nos legas al penetrar en las misteriosas claridades de ultratumba.

**Proteja a la Lotería Nacional**

**y protéjase usted mismo**

**comprando billetes de la Lotería Nacional de Beneficencia.**

# PAGINA

## ROMANCE DE MAYO

por GEMA ENDARA PEÑAHERRERA.

Mayo: la tu voz preciosa,  
de metal de campanario,  
desgrana dulces palabras  
en las orejas del año.  
Los flores cantan bajito  
que el sol las va enamorando  
y las ramas están fuertes  
de tanto subir tan alto.  
Los ojos de las muchachas  
mientras miran, van hablando,  
las bocas todas parecen  
hechas de clavel con nardo.  
Se desliza el corazón  
por pendiente de milagro.

van y vienen los latidos  
sin saber qué está pasando.  
Es el cielo hecho sonrisa  
al alcance de las manos;  
Dios mirando—claro y hondo—  
desde el filo de los astros.  
Mañanita florecida  
en los brazos de este mayo,  
quién pudiera, así, guardarte,  
como un sueño siempre claro.  
Dibujada en la memoria  
para siempre, como un cuadro:  
tu fragancia femenina  
y tu voz de campanario.

## ORACION DE CUNA

Oración de cuna—que mi madre santa  
me enseñó tan pronto como pude hablar.  
Oración sencilla que hasta Dios levanta  
mi ánimo abatido de tanto penar.

Oración de niño—que el dolor quebranta:  
Cuando de rodillas te suelo rezar  
algo como un nudo siento en la garganta  
y mis ojos tiene ganas de llorar.

Oración que evocas de mi adolescencia  
los fugaces días de paz e inocencia,  
limpios como un claro cielo de zafir.

Oración que el yermo de mi vida oreas.  
Ojalá que a la hora de mi muerte seas  
lo último que puedan mis labios decir.

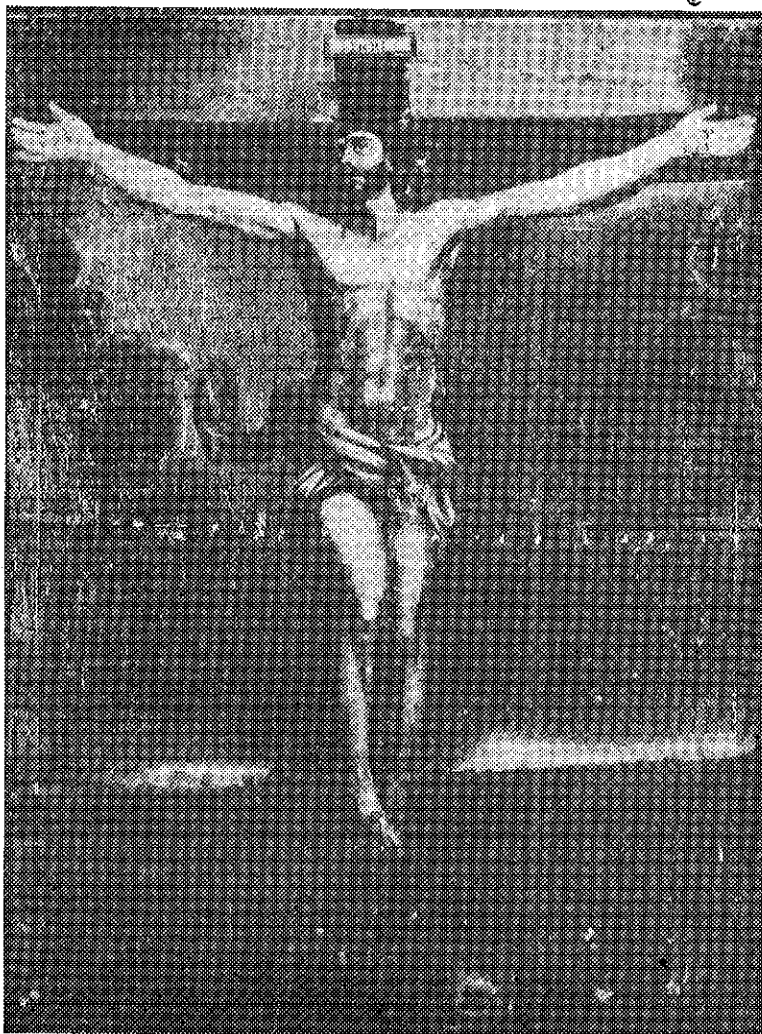
José Guillermo BATALLA.

1945.

# POETICA

# El Hermano Hernando de la Cruz

por JUAN ANTONIO SUSTO



Óleo del pintor panameño, Hernando Hernando de la Cruz, que adorna nuestro Museo Nacional.

Se llamó, en los azares del mundo, don Fernando de Ribera y nació en la ciudad de Panamá, en el año de 1591, de padres nobles y ricos. Fue de esmerada y sólida educación, la cual comenzó en su tierra nativa y terminó en la ciudad de Quito. Se aplicó a las artes propias del caballero y especialmente a la poesía, a la esgrima y a la pintura, en las que resultó maestro consumado.

Llevó a Quito a una hermana suya al Monasterio de Santa Clara y después de enclaustrarla, continuó sus estudios universitarios. Desgraciadamente cuando estos estudios iban a terminar tuvo un duelo a espada con un caballero quiteño a quien hirió Ribera de manera mortal. Este acontecimiento lo afectó tan

profundamente que abandonó la vida mundana, quemó sus composiciones poéticas y llegó peregrino a las puertas de la Compañía de Jesús. No quiso ser sacerdote de los hijos de Loyola, sino que escogió la estameña inferior del lego, el cuidado de la huerta y los mínimos servicios de la casa.

Cambió su pomposo nombre de Fernando de Ribera por el modesto de Hermano Hernando de la Cruz. Aunque su lira enmudeció, no dejó el pincel: se le permitió abrir una cátedra de pintura en el Colegio de la Compañía. A los 23 años de estar allí volvió a escribir versos y entre ellos merece citarse la "Canción a Mariana de Jesús", escrita en la rima culterana. Tanto sus poesías como

sus cuadros versan sobre asuntos religiosos, de estos últimos, muchos adornan hoy el templo y el Colegio de los jesuitas en Quito y aquí en Panamá, tenemos en nuestro Museo Nacional, un Cristo pintado por las hábiles manos de nuestro paisano, cuya fotografía aparece en este artículo.

Era un consumado teólogo. Con frecuencia lo pedían en los diversos monasterios de religiosos para consultarle las monjas sobre sus dudas. "Mariana de Jesús y el Hermano Hernando de la Cruz—escribe Augusto Arias—se comprenden desde el primer diálogo que establecen en la portería de la Compañía de Jesús y la virgen aprecia la tranquilidad del espíritu del lego y la calma de su corazón... Y Hernando guió desde aquel día a la criatura que transitaba por vereda plana e igual, como una luz encendida en la corola de la azucena".

A pesar de tener Mariana de Jesús por confesores a teólogos de gran fama, fue Her-

nando de la Cruz, el panameño, "Su guía y consultor en el arduo y arriesgado camino de la santificación" al decir del Arzobispo González Suárez.

Murió a la edad de 55 años (1646), con tanta quietud, serenidad y sosiego, que hizo ver con los ojos cuál era la dulce y apacible serenidad de los justos. "Lloró la ciudad toda su orfandad—dice el jesuita Padre Juan de Velasco—y premió Dios su humildad profunda, aún en la tierra, con el grande honor, veneración y aprecio de santo, que hicieron de él todas clases de personas, que se preciaban de haber cursado la escuela de su celestial sabiduría".

Para este ilustre panameño pidieron los Padres de La Merced la gracia de que corriese por cuenta de ellos todos los funerales, los cuales se los hicieron magníficos y suntuosos.

Tal es a grandes rasgos la vida del director espiritual de Mariana de Jesús Paredes y Flores, la "Azucena de Quito".



## NUMEROS FAVORECIDOS POR LA SUERTE

### de ENERO a MAYO de 1945

Fecha	Sorteo	Primero	Segundo	Tercero
<b>ENERO</b> 7 .....	1346	1637	3761	4147
" 14 .....	1347	1058	8091	2690
" 21 .....	1348	8664	1974	7960
" 28 .....	1349	4944	5259	3747
<b>FEBRERO</b> 4 .....	1350	0338	7978	7564
" 11 .....	1351	0756	1521	3364
" 18 .....	1352	0293	3686	3420
" 25 .....	1353	0620	0918	8703
<b>MARZO</b> 4 .....	1354	6176	0898	0581
" 11 .....	1355	8602	9617	0752
" 18 .....	1356	4444	3651	6523
" 25 .....	1357	9133	1981	6218
<b>ABRIL</b> 19 .....	1358	6986	2558	3357
" 8 .....	1359	7569	9910	4251
" 15 .....	1360	1599	2727	1491
" 22 .....	1361	9410	8720	7404
" 29 .....	1362	8281	3561	5667
<b>MAYO</b> 7* .....	1363	1648	2975	5592
" 13 .....	1364	8440	2239	4756
" 20 .....	1365 (Ext.)	1969	1952	6262
" 27 .....	1366	456	6698	1146

(\*)—El domingo 6 de Mayo no se efectuó el sorteo debido a las elecciones para miembros de la Constituyente.

Análisis  
714 119644

# PANAMA, LA INDIFERENTE

por ARMANDO SOLANO

Por el cielo diáfano y sonoro, de un tenue azul, casi blanco, iluminado por la luna enorme, fantástica, luna de apólogo oriental, van pasando, uno a uno, los aviones militares. Navegan hacia el mar, en su incesante afán de vigilancia. Se entrenan para las jornadas que han de venir. Y su estridente y tranquilizadora presencia, despierta la idea de una vida resuelta a prolongarse y a triunfar. Lleva los pensamientos a la índole de esta pequeña capital, que situada en el punto más delicado y peligroso de América parece, entre cuantas conozco, la ciudad indiferente por excelencia. Ciudad indiferente, indecisa, sin voluntariosas resoluciones, que por esa condición tan femenina, seduce la voluntad de quienes la conocen. De Panamá, Panamá la verde como dijo Blasco Ibáñez, deba admirarse que haya sido plantada en la gloria de un prestigioso paisaje, ennoblecido por millares de palmas esbeltas y rumorosas, a orillas de un mar sereno y claro, en la boca del canal que partió el corazón del Istmo con un tajo fecundo. Y que la violencia de su sol en la mayor parte del año, esté pródigamente balanceada por la frescura aromada de sus noches sin tinieblas, mientras la brisa marina y la del monte, emulan en suavizar el ambiente.

Sin rascacielos ni palacios, sin avenidas fastuosas ni vastos parques, con los poderes de Estado y los órganos de la cultura y de la riqueza nacional alojados con parca modestia, Panamá, sin embargo, atrae con su disparatado conjunto, pintoresco y arbitrario como pocos. Sus calles son un vistoso, abigarrado y resonante bazar, un desfile y un muestrario de razas, trajes y colores; de exóticas y expresivas gesticulaciones. No es posible aquí el hastío de lo ya visto y conocido. Nunca se llega al juicio ni a la impresión definitivos. Las cosas andan, corren y huyen, siempre cambiantes. Sin que dejen por eso de recatarse en la penumbra húmeda de callejuelas con anchos balcones y rejas románticas, las gentes raizales, cenceñas y verbosas, trajeadas ceremoniosamente, que fuman largos y delgados cigarros, añoran los tiempos de Colombia y se orientan con desgano y dificultad en el laberinto bilingüe de la moda contemporánea. Tales gentes no muestran ninguna de las cualidades que el prejuicio extraño le atribuye a Panamá. No negocian ni se agitan,

ni se han desprendido de sus amenas querencias. Religiosas, tradicionalistas, muy andaluzas, sólo comparten con sus jóvenes conciudadanos la actitud ante los hechos y las ideas actuales: una desdeñosa y madura indiferencia.

El mundo familiar ocupa en esta ciudad, posiblemente en este país que en ella está reflejado, y en cuanto se refiere a sus nativos, lugar de imprevista importancia. Esos vínculos no se rompen ni se adelgazan, aun dentro de parentescos ya remotos. Poseída de una sensibilidad extraordinaria y de una solidaridad alerta, la familia se conmueve, se moviliza y se concentra, ante cualquier noticia que afecte a uno de sus miembros. La enfermedad y la muerte, los hechos lúgubres y desagraciados, adquieren para este celoso, afecto atractivo especial, que la dicha no suscita. Y esta hermosa ley rige tanto entre los descendientes del criollo, como en grupos menos blancos, ricos y pobres. Adhesión doméstica que contribuye, quién lo creyera, a disminuir la importancia del suceso colectivo. Más allá de la casa, al panameño medio, la vida le importa muy poco. Lo cual debe influir para que la ciudad no haya aprovechado todavía sino con parsimonia, los elementos naturales de que dispone para su desarrollo y embellecimiento: su magnífica bahía, su asombrosa vegetación, la luz espléndida, esta fertilidad que trae la montaña espesa, florida y armoniosa, a morir dentro del mar.

Con todo, no es frecuente ver en nuestras capitales barrios de residencia que, como los de Panamá, estén sembrados literalmente en la selva, y bañados en un aire campestre que sólo debería encontrarse a mayores distancias. Aquí, a pocos miles de yardas, muy pocos, del centro bullicioso, acrobático de bocinas, de gritos y de música, disfrutan de una paz callada y de una soledad que la libre fantasía puede poblar a su antojo. Las circunstancias hicieron de Panamá una urbe semicastrense, ligada al estrépito y a la disciplina de un sector donde se asienta formidable poderío militar. La ciudad, sin embargo, lo ignora gentilmente, no se ha puesto nerviosa, ni asume ademanes heroicos. Cumple con discreción sus obligaciones de vecina y amiga, en la común defensa de ideales que sustentan de buena fe y de buen humor. Nada

más. Ancestralmente conformada como albergue provisional de todos los peregrinos y refugio temporal de los inconformes e insurgentes del mundo, de América en primer término, y aunque erizada de cierto agudo nacionalismo en los últimos años, la ciudad sigue manteniendo su amplitud, su tolerancia mental, su convicción de que todo pasa, cambia y se renueva; de que cuantos llegaron ayer como fugitivos, zarparon después del puerto, a ocupar en sus patrias sitios preponderantes. Así se comprende su indiferencia, que apenas traduce parcialmente el escepticismo del que vio desembarcar tanta fama innecesaria, tanta gloria falsa, tanto arte engañoso y tanta abnegación sórdida. No sería justo reclamar admiración constante y crédula devoción, para que las gentes acudan a recibir en aeródromos y muelles a los nuevos huéspedes.

El núcleo intelectual, de humanistas, profesores, poetas y críticos, no inferior, guardadas las proporciones de población, al de otros centros americanos, y a veces superior en la originalidad de la obra, bien quisiera convertir a Panamá en la base de activa colaboración internacional. Ese grupo siente orgullo de sus vinculaciones y de sus antecedentes. Conoce de sobra la senda por donde Panamá llegaría a su destino. Recoge con emoción los recuerdos de la época grancolombiana y no ha olvidado que pertenece, por derecho imprescriptible y propio, a la constelación de naciones bolivarianas. Mas, tales disposiciones, que mal podrían significar desvío hacia Norteamérica, sentimiento culpable ahora y mañana, se agostan y esterilizan por la general indiferencia, que deja solos a oradores y maestros cuando convocan a sus conciudadanos para hacerles pensar en estas cosas. Les dejan solos no por hostilidad, ni por sed de lucro, ni por causa ninguna distinta de la indiferencia.

La indiferencia habitual, que aun el más lerdó nota cuando recorre la Avenida Central, larga calle que resume y compendia la vida ciudadana, con su comercio cosmopolita, su agitada población flotante, y en la cual se abren, como acogedoras ensenadas, los pequeños jardines de Santa Ana y de la Catedral, lugares históricos en donde se arremansa la vida, se teje la madeja política, y se lanzan al mercado noticias, crónicas, anécdotas, chismes, bajo la sombra generosa de los árboles. Ningún panameño dejaría de sentarse en esos bancos a la hora acostumbrada, para entretenerse con los mismos amigos, sobre los mismos temas. Si la prensa y los políticos profe-

sionales anuncian tremendos cataclismos y radicales transformaciones del Estado, los contertulios serán acaso algo más numerosos en los corrillos. Pero no quebrantarán la amable rutina de su charla. Y si aquellos notifican que ha renacido la normalidad, los contertulios, para comentar con alegría ese renacimiento, tampoco pueden faltar a la reunión. Es una cita que los panameños, viejos, jóvenes y niños, se tienen dada desde mucho antes de la fundación de esta ciudad. Y como en ella, por fortuna, todos son parientes, y las familias con vocación para el servicio público y aptitud para prestarlo, aún no abundan demasiado, resulta que la política sólo excepcionalmente llega a crisis de relativa tensión. Suele arreglarse todo con maneras tranquilas y caballerosas, en medio de la indiferencia popular. Panamá es inmemorialmente adversa a la beligerancia.

Y aunque guarda en su sana entraña una balanza exigente en donde pesa el mal y el bien, y es mentira lo de su pretendida anestesia moral, también es cierto que no parece propensa al escándalo ni a intervenir en vidas ajenas, por mucho que guste de conocerlas con sus menores detalles. La acezante actividad mercantil que desarrolla el extranjero, pese a la discutida nacionalización del comercio, le permite al panameño defender sus ocios, dosificar con precaución su esfuerzo, y mantener un equilibrio que no se altere ni en favor de la codicia, ni del completo abandono. La temperatura está reñida con el oficio continuo, cierra las oficinas después del medio día, arrulla y mece las prolongadas siestas. Intenso, inteligente, ha de ser el trabajo en tan corta duración, para que llene su objeto. Pero terminado, nadie sería capaz de obligar a esta ciudad a ponerse de pies para labores adicionales. Aquí mismo, con el ancho de una calle de por medio, el yanqui, después de la diversión nocturna en las innumerables cantinas y en los cabarets de Panamá, que marinos y soldados llenan y atruenan con su infantil y desaforado vocería, afronta pesadas tareas que se prolongan sin descanso por la jornada entera, sin conocer en estos tiempos de guerra ni el reposo de los días festivos. Más sabio y sibarita el panameño, reconstruye sus energías en un sueño musulmán, y resulta siempre con que tiene disponibles más de las que ha gastado.

Panamá, como cualquiera otra sociedad civilizada, oculta una índole esquiva y un carácter complejo que no es fácil de captar y analizar. Devota, en ella medra la misma superstición, y en sus actos y procedimientos

públicos no sólo es frívola y desenfadada sino también básicamente defensora de la libertad espiritual. Cuando Justo Arosemena libraba con alma estoica combates decisivos por la emancipación de la inteligencia y por la autonomía humana, no eran muchos en Colombia los que formaban en esa vanguardia que presidía el panameño. Moldeada por el tráfico y el tránsito por el cambio y la ganancia; ejemplarizada por los que han venido de todos los rumbos a buscar aquí un rápido enriquecimiento, Panamá en su raíz sigue siendo desinteresada, se inclina al gozo, a la expansión social, a la danza, a la vida de regocijo y de alegría despreocupada. Ciudad marítima, el mar no desempeña en ella papel sustantivo. Más bien figura como recurso literario para su adecuada presentación. Sus playas dilatadas y limpias, de ancho horizonte y de aguas deliciosas, que convidan a helénicos ejercicios y a contemplación sin término, están retiradas y no fascinan sino a escasas gentes. Panamá prefiere ascender, de vez en cuando, a las colinas y aun a las montañas, en demanda de mejor, de más benigno clima. Sus hijos, predestinados al viaje, no dejan pasar oportunidad sin salir del país hacia Colombia, Centro América o los Estados Unidos. En las universidades norteamericanas se educan o se especializan y perfeccionan sus profesionales, ingenieros, juristas y médicos, así como los ayudantes y maestros mecánicos. La universidad, erigida por pacto internacional en centro de altos estudios para el continente, asume también la preparación de muchos alumnos panameños y desarrolla sus ambiciosos planes dentro de la técnica más nueva. Panamá es una gran colmena escolar.

Como ciudad, la perjudica en la misma proporción en que la aprestigia teóricamente, el concepto común de que es como un angosto pasadizo, un corredor emparedado, una agradable estación a lo más, en los viajes hacia otros destinos. Es preciso revisar tal concepción para que América sepa, o recuerde, que esta vieja ciudad desde donde se contempla el panorama del planeta, y sobre la cual gravitan tantas gloriosas memorias y

tántas influencias morales y cósmicas, sigue siendo como el pulso del Nuevo Mundo, y brinda con sus hechizos tropicales el encanto de una sociedad cultivada y fina, de un pensamiento laborioso y de un ferviente sentido democrático. Brinda, asimismo, una placentera noción de la existencia, una acogida sin gazmoñería, una amistad llana, sincera y sencilla. En Panamá se ha sedimentado rica y ancha capa de tradiciones. No es la joya poseída y arrebatada atropelladamente por sucesivos piratas y conquistadores, sino una villa de alta alcurnia, dueña de dorados blasones, y que jamás ignoró la trayectoria de sus destinos. La villa de las dulces brisas y de las noches inefables, en donde se percibe una presencia de América que en ningún otro lugar fuera tan nítida y aguda. Aquí, a veces, el continente nos duele como un órgano. O nos produce la euforia de la perfecta salud. Nos inquieta, nos alarma, nos obsesiona con una clarividente angustia que antes desconocíamos.

Si cerramos los ojos tras de una correría por la ciudad, en pleno sol, a la hora en que culmina el vaivén humano, se superponen en la retina extravagantes imágenes, cuyo simultáneo desfile y cuya urbana convivencia jamás creyéramos posible. Son los hombres y las mujeres de las colectividades negras, con su indumentaria desconcertante; los amarillos, enjutos y lentos; los mercaderes de la India con sus turbantes retorcidos; los griegos vendedores de frutas; y, por encima de todo, los altos muchachos rubios de ingenua sonrisa, que han visto con sus ojos nuevos y puros la tragedia universal, desde los barcos de guerra ingleses y yanquis, desde las fortalezas aéreas, o en las tropas de artilleros y de infantes. Con sus gorras y sus cuellos blancos, o con sus uniformes kaquis y su inseguro ademán, fijan para siempre la emoción del puerto único, de donde irradian copiosas energías, y a donde llegan, en busca de reposo y de amor, los hombres que sienten igual indiferencia ante la vida y la muerte. Indiferencia, indiferencia, hé ahí la palabra que cifra el alma de una ciudad ardiente y clamorosa, que, sin embargo, nunca les dio importancia a los gestos elementales.

**Proteja a la Lotería Nacional**

**y protéjase usted mismo**

**comprando billetes de la Lotería Nacional de Beneficencia.**

# PANAMA ENTRE LOS FAROS

por RAFAEL HELIODORO VALLE

TITULO 19274 insidica

He vuelto a gozar de la rosa de los vientos. La bella rosa imposible que está airosa en el aire del mágico Mar de Balboa y encendida en náuticas fiestas. Se siente el pulso de los itinerarios: por aquí han pasado almas ilustres que iluminan la vida de América; aquí se inició la conquista del Perú; de aquí fué a Nicaragua el capitán Francisco Hernández de Córdoba; pasaron por aquí Humboldt, Morazán, Sarmiento, Martí, Montalvo. Pasarela de razas, Panamá ha sido desfilar todas las del mundo; punto de cita de Occidente y de Oriente, aquí se alzarán una de las naciones predestinadas por el hombre para servirle de ágora y capitolio.

En su Universidad Interamericana germinan, al amparo de estímulos, tres institutos en los que se delibera sobre algunos problemas que incitan a la meditación. Un paladín de la americanidad, Octavio Méndez Pereira, ha iniciado la gran tarea para orientar investigaciones jurídicas, económicas y etnológicas; y en su bello libro "Balboa" está el mapa que ha revelado a Panamá el tesoro del cacique Dabaibe.

He visitado de nuevo la vieja Panamá, la que está en ruinas, con las torres mutiladas de su catedral y la espléndida perspectiva de un mar que lame la playa en abandono y en las noches de luna se pone fantasmal como si asomaran las sombras de los corsarios. Al otro extremo se halla el barrio más importante para quienes buscan huellas de almas grandes. Antes de llegar a la Plaza Bolívar entramos en un caserón que conserva a maravilla la simple estructura de su fábrica colonial, con patio y balconería que hoy afean abigarrados inquilinos. Junto al convento de San Francisco está la sala en que se reunió el Congreso de 1826 convocado por Bolívar y que hoy sirve para escoleta de música a los alumnos del Colegio de La Salle. Desde uno de los balcones con el hierro mordido por la intemperie se ve el mar por donde llegaron aquellos hombres de América.

Hemos recorrido las calles angostas de la misma Panamá que fué el teatro de los franceses de M. de Lesseps, cuando Francia pretendió imitar la hazaña de Suez. Casas con balcones, de dos o tres pisos, y con ventanas que se abren para dar paso fácil a las rachas del aire, en esos instantes en que la ciudad está agobiada por el calor. En el dé-

dalo de las calles nos extraviámos sin rumbo fijo, con el afán de sentir el olor peculiar de la Panamá que no ha cambiado, a pesar de los aviones que llegan a ella por caminos equidistantes; y luego nos dejamos arrastrar por las resonancias del bullicio de la zona moderna de la ciudad, que vibra y aturde en la medianoche, cuando los soldados y los marinos de la zona del canal entran en los bares a gozar de los whiskeys más complejos. La noche tiene brillos recónditos en Panamá; se diría que ondula como serpiente de fuego; se vale de curiosas estratagemas para apoderarse de los que van pasando, sin ganas de quemarse en el sol furioso que arde en las botellas embrujadoras. No hay aquí, como en Méjico y la Habana, el cabaret de lujo en que el turista dilapidador tiene vasto horizonte para sus hazañas. Pero hay dos o tres casinos y más de una terraza con espléndido aire natural que parece caído de las nubes y se desliza entre montes imaginarios.

## CLARIDAD VERPERTINA

Después de conocer el edificio de "La Estrella de Panamá"—el diario que se fundó en 1853—vagamos por el malecón para sentir la brisa piadosa, recorrer rápidamente el sitio en que está escrita en lápidas la historia del canal y ver el obelisco en que el silencio hace uno de sus elocuentes discursos. El paraje no puede ser más evocador, sobre todo en esa hora en que la estrella de la tarde ha suspendido su hermosura serena sobre las torres de la catedral y es fácil precisar entre la bruma la entrada de las aguas canaleras, al amparo de los reflectores que sincrónicamente hacen preguntas al cielo. Es allí, en ese recodo del mar, en donde la sola evocación abruma y los ojos de los faros parecen asociarse a la intimidad de la hora y ni la sombra de un pájaro se atreve a complicar el silencio nocturno.

Panamá tuvo el privilegio de ser uno de los dos países en donde nuestro idioma desembarcó para enriquecer sus caudales. Aquí se dieron cita los hombres que traían el gran mensaje occidental y desde aquí se dispersaron hacia las tierras que les había prometido la esperanza. Cuando en las páginas de los cronistas aparecen las perlas, la imaginación se ilumina con nombres de paladines: David, Colón, Balboa. Y en instantes de asombro contemplamos a los caballeros del destino: aparecen Pedrarias Dávila en busca de Nica-



ragua y Pizarro recorriendo la ruta hacia el Perú que le reveló el cacique Panquítico. Eran los grandes días en que se desparramaba hacia los hemisferios el mensaje de la España novia del sol.

Aquí han confluído todos los hombres; se han coludido las palabras antiguas con las nuevas, y se volcaron los sueños de las islas excelentísimas. Aquí han sentido el pulso de América los fundadores y los utopistas, los que han sufrido por una América entregada a labores de progreso y de paz.

### MAESTRO DE ENERGIA

Después de la visita a las ruinas de la Panamá que incendió el pirata Morgan el 28 de enero de 1671, nos trasladamos a la bahía que cerca del cerro Ancón escogió Antonio Fernández de Córdoba y Mendoza para instalar la nueva ciudad que avaloraría el ingeniero Alonso Mercado de Villacorta, constructor de las nuevas fortificaciones.

Nuevo encuentro con Octavio Méndez Pereira, el re-descubridor del tesoro del Dabaibe, el rector de la Universidad Interamericana, el sutil coordinador de amigos continentales que tiene América en la ciudad semejante a vieja encina que florece en los vientos modernos y en la que hay hombres de estudio que están enamorados de su tierra y la nutren con savias de libros y de meditaciones: los investigadores Juan Antonio Susto y Ernesto J. Castillero, el cuentista Ignacio de J. Valdés, y uno de los jóvenes que más estudian las letras y las rosas, Rodrigo Miró.

Méndez Pereira es uno de los maestros valiosos de América: medita, escribe, enseña, agasaja. Es la antena viva que en Panamá recoge las emociones y las noticias de todos los rumbos. Es el gran diplomático de la cultura en nuestro hemisferio. Se halla en la madurez de su inteligencia y de su gracia. En su torre de los panoramas se encadenan todas las transmisiones del pensamiento, y si hubiéramos de darle una condecoración de legítimos oros, tendríamos que incrustar una perla de fino oriente humano.

### INDIOS DE PANAMA

Cuando Méndez Pereira era secretario de educación fué a visitar a varios de los caciques, pues en el territorio panameño hay 40.000 indios. El más importante de ellos, el polígamo Iñapaquiña, señor de los Cunas, no se levantó para saludarle y le hizo la advertencia de que le confería honor especial al recibirle, "porque ellos no tienen tratos ni con los blancos ni con los negros". Méndez Pe-

reira le insinuó la conveniencia de enseñar a leer y escribir el español a los indios; y el cacique le contestó que no le daba permiso para ello, porque era un ardid de los blancos para destruirlos. Y cuando le preguntó por qué las mujeres llevaban joyas en las narices, el cacique le contestó con una pregunta altanera:

—¿Y por qué las mujeres de ustedes las llevan en las orejas?

Hay un indio panameño, Pérez Cantule, que ha viajado por Europa, sabe varios idiomas y está recogiendo el folklore de los indios cunas. Cuando estuvo en el Congreso Indigenista de Pátzcuaro, se dió el lujo de hablar en su dialecto y traducirse al español y al inglés. El presidente de la delegación panameña, Méndez Pereira, hizo notar que todos habían hablado menos los indios de Méjico, los Estados Unidos y Panamá, que eran también delegados, y fué entonces cuando habló Pérez Cantule, siendo tan feliz en su discurso que ese día quedó instituido el "Día del Indio Americano".

### UNA PERLA HISTORICA

Al hablar de Panamá, no es posible olvidar a las perlas. Balboa las vió palpar en los remos de una canoa. Su nombre fulgura en unas islas que el conquistador Pedrarias visitó por medio de Gaspar Morales. El magnífico episodio lo relata admirablemente Méndez Pereira en "*El tesoro del Dabaibe*", libro que ha vuelto a publicar con el nombre de "*Balboa*".

"Entre las perlas presentadas a Morales por el cacique de la Isla Rica—dice—, hubo una que ha llegado a ser famosa en la Historia. Lució en el joyero de muchas testas coronadas, fué cantada por Cervantes y por Lope de Vega, y todavía anda dando vueltas por el mundo con el nombre de "*Peregrina*". De figura de una pera, pesaba 31 quilates y "era muy perfecta, sin ninguna tacha ni mácula, y de muy lindo color, lustre y hechura". En la almoneda que se verificó del 19 al 21 de agosto de 1515 la sacó un mercader, Pedro del Puerto, como intermediario de Pedrarias, por la suma de mil doscientos pesos oro. Más tarde, cuando doña Isabel de Bobadilla pasó a España, ésta la vendió a la Emperatriz con otra "chata a forma de panecillo", por la suma de novecientos mil maravedíes ambas. Permaneció desde entonces vinculada a la corona real hasta que Felipe II la ofreció a María Tudor de Inglaterra, como regalo de boda. Un retrato que de esta reina hay en el Museo del Prado, otro en Hampton Court y

otro pequeño en la catedral de Winchester, donde se efectuó su matrimonio, ostentan como adorno descollante la famosa perla. Después de la muerte de María Tudor, la "Peregrina" volvió a España y de soberano en soberano fué a parar a manos de José Bonaparte, quien la sacó de la península con otras joyas de la Corte, cuando tuvo que abandonar ésta. Al morir este malogrado monarca dejó la "Peregrina" a su sobrino, el príncipe Luis Napoleón, después Napoleón III. Cuando el príncipe huyó a Londres, desterrado, se llevó consigo la "Peregrina", y allí, en uno de sus apuros monetarios debió venderla a su gran amigo lord Hamilton, cuya familia la conserva aún con veneración y orgullo".

#### LA IMAGEN DEL PERU

Castilla del Oro, Castilla Auricia, Darién, Abibeiba, Dabaibe, Mar del Sur... La imaginación recorre los caminos por donde vagó en la alta noche Vasco Núñez de Balboa, oyendo el rumor distante del Pacífico que se le confundía con el aire entre las palmeras. Soledades del alma entrelazándose a las de la vasta soledad de un océano virgen. Alas de luz cruzando las más íntimas noches del trópico, en busca de reinos fantásticos.

Balboa pudo llegar a los dominios del cacique Comagre, quien lo agasajó con oro labrado. Los conquistadores se disputaban el botín, diciéndose palabras frenéticas, y entonces Panquiaco, un hijo del cacique, alzó la voz diciéndoles que no había razón para que se pelearan por aquel metal que tanto abundaba en una tierra más al sur, en la que ha-

bía "un pueblo muy numeroso y rico, que come y bebe en vasijas de oro". Entre los presentes se hallaba Francisco Pizarro. La tierra del sol abría ante los ojos de éste sus puertas esplendorosas, y Panquiaco, al dar noticias concretas sobre animales de aquel país espléndido, dibujó sobre la arena la imagen del llama.

En las vitrinas de las tiendas de Panamá el llama de plata es ahora la imagen de un Perú que sigue trabajando su lírico metal. Pueden allí adquirirse las joyas de la platería de Méjico y quedan aún los restos del comercio oriental que se ha interrumpido por la guerra y en el que hacían acopio de sus presecas suntuosas los mercados chinos e indúes. Hace pocos años el viajero podía comprar sedas y marfiles, jades y perfumes, porque Panamá—como en otros días Méjico y el Perú—era un emporio abastecido por las naves más ricas.

Pero a cambio de esos tesoros que el turista codiciaba, hoy encuentra en Panamá una metrópoli que va creciendo con ritmo asombroso y en la que se atan y desatan todos los itinerarios. Hay que recorrer sus calles céntricas en la noche para sentir su intensa palpitación de colmena a la que acuden las algazaras tropicales. Hay que saciar la sed, saboreando en aguas frescas el tamarindo y la papaya, el coco y la piña, la cebada y el maíz; toda una gama de sabores que parece surgir en los vasos como a través de un sistema arterial en que se sosegara la dulzura subterránea del reino de las frutas.

## Lotería Nacional de Beneficencia

**ES UNA EMPRESA NACIONAL DONDE UD. DEMUESTRA  
SU PATRIOTISMO AYUDANDO A SOCORRER LAS  
NECESIDADES DE LOS PANAMEÑOS NECESITADOS...**

**ES UNA EMPRESA HUMANA DONDE PUEDE HACER  
FORTUNA AYUDANDO A LOS DESAFORTUNADOS**

**JUEGUE A LA LOTERIA NACIONAL DE BENEFICENCIA**

# EN PANAMA.....

por JOSE DE BENITO

Llegar a Panamá por vía aérea y a ciegas desde que se acerca uno a sus proximidades, es una impresión nueva desde el punto de vista turístico. Las ciudades desde el aire se ofrecen a la contemplación del viajero como en el mejor de los planos que el turista pudiera anhelar. Y la guerra nos ha cerrado en este bello ombligo del mundo la posibilidad de satisfacer este placer. Unos discretos y antipáticos cartones que se ciñen a las ventanillas del avión, transforman el día claro y soleado en noche arbitraria, y al descender en el aeródromo parece como si hubiéramos sido conducidos por arte de magia a un lugar desconocido en el que nos ha de costar bastante orientarnos. Funcionarios amables y escrupulosos en el cumplimiento de sus deberes examinan cuidadosamente los papeles. Por todas partes hay advertencias sobre los peligros del espionaje y de la guerra. Soldados y oficiales americanos decoran con sus uniformes los feos carros militares. El movimiento es extraordinario. La vigilancia aún mayor. Estamos en guerra y en uno de los más elevados objetivos del eje. Al observar el funcionamiento perfectamente coordinado de la Zona, me acuerdo de un dibujo en el que una raposa mira un racimo colocado en lo alto y no pudiendo alcanzarlo, se dice para su colete y para su consuelo: "Están verdes". Tengo la sensación de que Panamá está verde para los ambiciosos del eje.

El alojamiento es un problema. Los hoteles están rebotando viajeros, y Panamá los acoge, en guerra como en paz, con su alegría abierta. Ni el black-out, ni el zumbido de los aviones de reconocimiento que cruzan los aires con velocidad de proyectiles, enturbian el buen humor de los panameños. Las cantinas vacían por las puertas abiertas las voces sobrantes en su interior, para que puedan respirar los parroquianos. La Avenida Central, que va como cosiendo en un largo y zigzagüente hilván toda la ciudad, es un constante hormiguero de carros, chivas y camiones, que por dos veces en poco rato estuvieron a punto de acabar conmigo gracias a mi torpeza para darme cuenta de que la circulación va por la izquierda, en lugar de por la derecha. Bazares, más bazares y más bazares ofrecen toda clase de mercancías. Las heladerías aprovechan cualquier hueco entre dos bazares para refrescar al sudoroso viandante, y junto al an-

dar desgarrado de unos marinos rubios, largos y con cara de niños, se cruza la morena de cuerpo cimbreante, boca y ojos alegres y vestido vaporoso de color llamativo. Blancos, mestizos, amarillos y negros pasan indiferentes, conviviendo sin problemas. Lo que un ario nazi abomina más, es la más curiosa característica de esta ciudad. Todas las razas y todos los pueblos se sienten a gusto junto a una buena orquesta de cualquiera de sus "Jardines", y danzan en la semi-obscuridad que imponen las medidas de defensa ante la eventualidad de un ataque.

La colonia dejó bellos monumentos y el maridaje de lo español y lo americano, del asfalto y la piedra secular de sillería, ha logrado cuajar en un ambiente moderno y tradicional. El español y el inglés, los dos idiomas que han abarcado al mundo a lo ancho, suenan por todas partes y casi siempre con un dejo marcado de los pueblos del Caribe. Acento abierto que prende unas palabras en otras, como un punto de media multicolor. En los cruces de mayor tránsito un policial, al amparo de un quitasol rojo y blanco, regula el tránsito. El sol y el agua respetan a la autoridad que en los momentos frecuentes de aguaceros tropicales, parece colocada en una campana de cristal. La policía militar americana (M. P.) circula vigilante por las avenidas para evitar cualquier posible conflicto que afortunadamente no se presente nunca, entre los alegres "boys" de uniforme y la población panameña. Marineros, vestidos de blanco, soldados, oficiales, aviadores, criollas, estudiantes, funcionarios, empleados y artistas de la más diversa procedencia se aglomeran en los restaurantes para almorzar rápidamente y volver a sus quehaceres. Panamá trabaja a ritmo veloz y los pasos de la Línea de Panamá y la Zona se ven incapaces para dar cabida a la cantidad de vehículos que pugnan por llegar cuanto antes a su destino.

He dado una vuelta por la Zona, bajo una lluvia que velaba el paisaje. Por todas partes cuarteles, actividad de guerra, depósitos, grandes comisariatos en los que el bullicio es por sí un espectáculo. Pero nada puede verse que se preste a una indiscreción informativa. Un soldado muy atento os impedirá el acceso a los lugares que la autoridad militar controla. Se habla de convoyes formidables que van hacia lejanas islas del Pacífico donde los sol-

dados del Tío Sam disputan el terreno a los japoneses; pero todo son conjeturas. No puede verse el puerto y esa es la principal diferencia entre la Zona y Panamá. En Panamá las calles van a morir al mar. Al doblar una esquina el ruido acariciador de unas olas que mueren a poca distancia os habla de viajes. O el olor a yodo y a salitre os descubre, aun sin llegar a verlo, la proximidad del océano. En la Zona, las cosas se han resuelto de tal modo que sabiendo lo cerca que se encuentran el mar y el Canal, por muy avizores que se lleven los ojos, no puede descubrirse más agua que la que cae del cielo.

Mi primera impresión de Panamá es magnífica. Tradición y progreso han sabido con-

jugarse. Junto a la vida vertiginosa os informan que ninguna muchacha pasará sola por el Parque de Santa Ana. El piropo es demasiado violento para sus oídos, y cuando subiéndolo por la Avenida Central llegue una señorita a la altura del parque, la veréis, sin aspavientos, pero con decisión, cruzar la acera y alejarse de los corrillos en los que se comenta la última noticia. Alegre "mentidero" al aire libre que hubiera dejado por un instante su discusión sobre el suceso político, para expresar su admiración a la muchacha con frase realista y descarnada, suficiente como para acumular en sus mejillas todo el carmín de un rubor cultivado en siglos de severo ambiente familiar.

---

# BANCO NACIONAL DE PANAMA

FUNDADO EN 1904

DEPOSITARIO OFICIAL DE LA REPUBLICA  
OPERACIONES BANCARIAS EN GENERAL

Cuenta con el mejor servicio en el país con sucursales  
en Colón y agencias en

BOCAS DEL TORO  
AGUADULCE  
ALMIRANTE  
CHITRE  
CONCEPCION

DAVID  
LAS TABLAS  
OCU  
PENONOME  
SANTIAGO

PUERTO ARMUELLES

Dirección Telegráfica: "BANCONAL"

EDUARDO DE ALBA, Gerente.

# EL PADRE MARIO VALENZUELA, S. J.

por ERNESTO J. CASTILLERO R.

Los jóvenes de hoy no le conocieron, pero los de nuestra generación no podemos olvidar su persona enjuta por los años, recogida como en una reconcentrada meditación, con su andar despacioso, su rostro blanco y arrugado donde el mucho vivir y no escaso meditar sobre los libros dejaron imperecederas huellas de piel replegada, muy blanca, con una boca inestable y unos ojillos ya opacos, cuya lumbrere se fue apagando del abuso en el estudio.

Cuando vino a Panamá para quedarse definitivamente entre nosotros en 1907, era ya famoso en los círculos de las letras como literato y poeta; de las ciencias; como jurisconsulto y filósofo; y de la religión, por su gran virtud y consagración a su apostolado.

Muchas cosas se decían del P. Valenzuela. Un halo de leyenda le acompañaba y el origen romántico de su vocación se repetía como susurros entre las bellas feligresas de la iglesia de San Francisco, quienes a través de la negra sotana del ilustrado jesuita, traslucándose con la imaginación a muchos años atrás, veían al joven apuesto, distinguido, culto, aristocrático y caballeroso, posiblemente bohemio, que con el simbólico laud cantara sus endechas de amor a las vírgenes de la legendaria Bogotá "en versos de juventud, saturados de un erotismo suave, casto, saudoso y evocador", como los ha calificado un cronista contemporáneo. Decíase que un amor malogrado le llevó al renunciamento de la vida social para hacerse sacerdote. La dama en quien fijara sus ojos y pusiese su querer, repentinamente abandonó el mundo y se hizo monja y él entonces se sintió tocado por el dedo de Dios y se acogió igualmente al claustro de los discípulos de Cristo, entrando muy joven en la Compañía de Jesús. Maliciosos investigadores han querido interpretar este trascendental paso del poeta bogotano en los siguientes versos de una de sus piezas poéticas:

Te vi después, cuando al compás del piano  
volar dejabas la ligera planta:  
blanco cendal finísimo vestías,  
el cuello y brazos cándidos mostrabas;  
graciosamente tu cabello undoso  
sujetaba levisima guirnalda;  
cual los ojos de incauta golondrina;  
que un niño sorprendió, reverberaban  
tus vivos ojos; y al pasar danzando

arrastrabas de todos las miradas;  
nuevamente mis ojos cautivaste  
mas no pudiste cautivarme el alma.  
Y ayer, ayer te ví Vestido humilde  
y un blanco delantal sólo llevabas,  
y con un crucifijo entre las manos  
del Hospital cruzabas por las salas.  
Su frente el sol en el ocaso hundía,  
y su postrera luz por las ventanas  
entraba, largas sombras dibujando  
en las toscas baldosas. A la cama  
de un moribundo anciano te acercaste,  
a decirle palabras de esperanza.  
El te escuchó; los apagados ojos  
fijó un momento en tu doliente cara:  
"Dios os lo premie!" murmuró y sus labios  
vino a sellar la muerte. Tu nevada  
mano cerró sus párpados convulsa  
mientras ardiente lágrimas brillaba  
en tus ojos suspensa, hasta que al cabo  
rodó por sus mejillas demudadas.  
Y te amé que hasta entonces sólo había  
conocido tus formas delicadas,  
y en ese instante conocí de un golpe  
todo tu corazón en tu mirada.  
Quisiste ser el ángel del que llora:  
cúmplase, pues, la voluntad de Dios!  
Mas esa cruz con que de mi triunfaste  
dáme para triunfar de mi dolor.

El P. Valenzuela, cuando indiscretos curiosos le hablaban de este episodio de su vida, naturalmente negaba y hasta le desagradaba que le recordaran que había sido poeta. Cuenta Julio Vives Guerra en CROMOS, de Bogotá, que es decir corriente entre los literatos de Colombia que el protagonista de la novela de José María Samper, titulada "El Poeta Soldado" y que lleva por nombre Martín Flórez, no es otro que el religioso jesuita de que nos ocupamos; y que un día, para identificarlo, cuando el sacerdote era profesor en el Colegio de Jesuitas, al pasar por uno de los claustros un estudiante se puso a recitar, con intención de que él le escuchase, la siguiente poesía:

Sola mi amada en su aposento estaba,  
de amor temblando hasta ella penetré  
otra cosa a decirle no acertaba  
y "Me amas?"—exclamé.  
Ella alzó a mi los ojos conmovida,  
y temblorosa en el sofá cayó:

Lo dudas? preguntó.

—“No, mi bien, no lo dudo”—en la locura de mi amor decir quise, más callé porque embargó mi lengua la ventura y a su lado lloré.

Al oír lo anterior el P. Valenzuela, se acercó al grupo de estudiantes. —Le encarezco, le dijo al recitador, que no pierda su tiempo recitando versos tan malos.

—A mí me parecen muy buenos, Reverendo Padre, le replicó éste con desparpajo.

—Y de quién son esos versos que yo juzgo malos a pesar de su opinión?

—Son de un poeta llamado *Martín Flórez*, respondióle el joven.

—*Martín Flórez* ha muerto!, contestó el sacerdote alejándose del grupo.

En sus años mozos, a más de cantar a las bellas bogotanas en versos sutiles y tiernos que gustaron y gustan aún a pesar de juzgarlos él posteriormente como obras sin mérito, el P. Valenzuela fue político y legislador—ocupó puesto de Diputado en la Asamblea de Cundinamarca y en la Cámara de Representantes—y periodista. Contaba él un episodio muy gracioso ocurrido a un compañero de prensa en aquellos tiempos de su distante juventud. *Bradomín*, que fue repórter del “*Diario de Panamá*”, nos dejó el pasaje en una entrevista que le hizo en 1918. Dice así: “Redactaba yo—habla el P. Valenzuela— un periódico político en compañía de Pastor Ospino, Lázaro María Pérez, Joaquín Ortiz y Pacho Caro. Mis compañeros eran el alma de aquella redacción en la cual nosotros quemábamos todos nuestros entusiasmos, todos nuestros sueños. En esos tiempos un amigo y copartidario nuestro, el Dr. Marizalde, joven fogoso y vehemente en todos sus escritos sostuvo una polémica ruidosa. Sus adversarios le amenazaron con darle en la calle una paliza. El Dr. siguió en su tarea medoleadora, pero se cuidaba siempre de los palos que le habían ofrecido y andaba por eso en la mitad de la calle; le preocupaba mucho el momento del garrote y había empezado a mostrarse pensativo y taciturno. Un día llegó a su casa rebotante de alegría, contento como una pascua. Entonces le preguntó su esposa: —“Y qué te pasa Marizalde, por qué estás tan contento? Qué buena suerte te ha venido?”

—“Ay, hijal, le contestó nuestro amigo, ayúdame a alegrarme; estoy de plácemes. Has de saber que acaban de pegarme la pa-

liza ofrecida. De manera que, gracias a Dios, ya salí del susto!”

Eran del círculo intelectual donde hallaba siempre afectuosa acogida el futuro jesuita, jóvenes que luego ocuparon en la vida pública destacada posición: José Manuel Marroquín, Ricardo Carrasquilla, Joaquín Pablo Posada, José María Samper, Diego Fallon, José María Vergara y Vergara, José María Quijano Otero, etc., que han consagrado también sus nombres en las letras colombianas. El P. Valenzuela ha dejado profusos escritos, entre los cuales los más conocidos son: *Compendio del Código Civil en armonía con la Conciencia*.—Bucaramanga, 1898. Panamá, 1910. *Notas jurídico-teológicas según el Derecho Colombiano*—Pasto, 1895. *Cuestiones de Derecho*—Panamá, 1917. *Elementos de Filosofía*: Ginebra, arreglado y anotado por el P. Valenzuela (3 tomos)—Bogotá, 1921. Muchos opúsculos de controversia y apologética religión. Sus escritos han sido acuerpados en tres volúmenes de más de cuatrocientas páginas cada uno, así: religiosos, filosóficos y literarios.

Durmió el P. Mario Valenzuela en la paz del Señor el 7 de Abril de 1922. (1) A pesar de haber cursado en el Congreso de Colombia en 1928 una ley en que se ordena repatriar sus restos, todavía la tierra istmeña se honra en guardar esos despojos de quien fue sabiduría y virtud personificadas. “En los senderos de paz del Padre Valenzuela—dijo de él *Bradomín* citado atrás — no proyectaron su sombra roja y alucinante los siete pecados capitales; el vicio no deshojó ahí las rosas enfermas de la decadencia ni la perversidad sus adelfas venenosas y pálidas; no anidó en los árboles de su jardín el áspid de la maledicencia ni del odio, sino que en ramaje, oloroso como una “flor de santidad”, colgaron su nido los pájaros del cielo y cantaron a Dios los ruiseñores de sus versos. Toda fue amor, piedad y mansedumbre la vida de este siervo del Señor, envejecido en las pláticas devotas”.

Al fallecer el ilustre jesuita tenía 86 años. Había vivido los últimos tres lustros en la ciudad de Panamá, rodeado de la veneración y cariño de la sociedad y el respeto y admiración de los intelectuales del Istmo.

(1) En el osario del templo de San Francisco, de la Compañía de Jesús, están aún guardados los restos del P. Valenzuela. Una sencilla lápida de mármol con su nombre, la fecha de su nacimiento “19 enero 1836” y su defunción “7 Abril 1922” señala el lugar donde están depositadas las preciosas reliquias.

## FRASES HISTORICAS

por J. J. Méndez

AUDACIA, MAS AUDACIA Y SIEMPRE  
AUDACIA!

Dantón, uno de los más notables personajes de la Revolución francesa, había nacido, sin duda, para la tribuna. Alto de cuerpo y de constitución robusta; de cara tosca picada de viruelas, con marcada semejanza a la de un bulldog; de expresión audaz en el talento; su alma en armonía con la estatura y un ardor fulgurante en la mirada; de ceño adusto y voz tonante, no podía ser sino lo que fue: revolucionario ardiente, entusiasta y vigoroso conmovedor de las masas. Su palabra y su acción, su elocuencia persuasiva toda llena de figuras grandiosas y de arrebatadoras apóstrofes, infundían alarma y sobresalto en aquellos a quienes no podía arrastrar. "Mirabeau—dice un autor contemporáneo—sirvióse de él como de un fuelle para inflamar al pueblo".

Después de la fuga de Varena, Dantón provocó audazmente la caída del Rey, hizo nombrar suplente del Procurador de la Comuna y preparó la revolución del 10 de Agosto que le abrió las puertas del Ministerio de Justicia. Esa famosa jornada sublevó a la Europa entera contra Francia revolucionaria. Brunswick acaba de lanzar su insolente manifiesto, los ejércitos franceses habían sufrido algunos reveses en la Lorena, Longwy había sido tomado, Verdun se halla sitiado y la alarma cundía por todo París. Para levantar el espíritu, Dantón resolvió dar un golpe de gran efecto. Era el día primero de Septiembre;

el dos, en momentos en que las campanas daban el toque de rebato y que el tronar del cañón se distinguía claramente, Dantón presentóse a la Asamblea legislativa y en un discurso rápido pero expresivo pronunció con voz estentórea las siguientes palabras que los diputados temerosos escuchaban desde sus asientos: "Señores: dijo, ha llegado el momento de declarar públicamente que la Capital se ha hecho acreedora al título de benemérita de la Francia. La voz del cañón que retumba a los lejos, no es voz de alarma, es la voz de carga contra el enemigo!... Para vencerlos, para aterrarlos, que se quiere?... Audacia, más audacia y siempre audacia!"

Algunas horas después la matanza consternaba a París. Si acaso Dantón no organizó esa carnicería como ha sido acusado de haberlo hecho, si está probado que nada hizo para reprimirla ni menos para prevenirla, y con algún fundamento se ha llegado a pensar que en ello sólo vió un terrible pero necesario proceder. El viejo Mariscal de Trivulce ha dicho en ocasión anterior algo que tiene semejanza con la frase enérgica de Dantón la cual se ha hecho proverbial: Preguntado para que diera su opinión acerca de lo que en su concepto se requería para hacer la guerra, el *Gran Mariscal* contestó: "Tres cosas a saber: Oro, oro y oro".

Demóstenes también había dicho en la antigüedad que "tres cosas son las que hacen al buen orador: la primera la acción, la segunda la acción y la tercera la acción".

**Proteja a la Lotería Nacional**

**y protéjase usted mismo**

**comprando billetes de la Lotería Nacional de Beneficencia.**

742e 117705 analitico

# EL HONOR

Por MARTICA MONTERO

—Abuelo, ¿qué es el honor?—

El honor, hijo mío, es como una obligación viva y presente en la conciencia, que nos inclina al cumplimiento del deber. Es la virtud por excelencia, porque en sí contiene todas las virtudes.

El honor está por encima de la vida y de cuanto existe en el mundo. Porque la vida acaba en la sepultura, mientras el honor sobrevive a todos: trasciende a los hijos, a los nietos y a la casa donde se mora; a la tierra donde se nace y a toda la humanidad, y, finalmente, como un aroma eterno de virtud, el honor es el patrimonio del alma, el depósito sagrado que Dios nos confía al nacer y que habremos de devolver intacto al morir.

Es la rectitud del juez, el heroísmo del soldado, la fidelidad de la esposa, los votos del sacerdote, la santidad de los juramentos, la obediencia a las leyes, el respeto de la opinión . .

Es una cosa, hijo mío, tan grande y tan hermosa, que por ella, no lo olvides nunca, se sacrifican la vida y las más hondas afecciones del corazón.

Si algún día, cuando seas hombre, vieres tu honor en peligro, acuérdate de tu abuelo y del consejo que te dió cuando aún tú eras un niño.

## A UD. LE INTERESA SABER :

1º

Que con la gran demanda de billetes es conveniente que no espere el sábado para la compra de sus billetes, porque corre el peligro de no encontrar su número.

2º

Que es conveniente, siempre que Ud. compre billetes, tomar nota del número de los folios correspondientes, pues si se le extravía, Ud. no puede presentar denuncias, etc., sin este importante detalle.

3º

Que es conveniente, coleccionar esta revista, pues se seguirán publicando vistas históricas del Panamá de hace 50 años y del Panamá de nuestros días.



# NATA DE LOS CABALLEROS

por HECTOR CONTE BERMUDEZ

Nuestro eminente colega don Enrique Ortega Ricaurte, Director del Archivo Nacional de Colombia, ha prestado a la historia de Panamá un valioso servicio. Acaba de publicar en el número 44 de la importante Revista del Archivo, copia de los documentos relacionados con la fundación oficial de Natá, que fue sacada por don Josef Celedonio de Urrula, Alcalde Ordinario de Su Majestad, del Libro Capitular que existía en Natá, en 1723.

De la copia que expidió el Escribano de Su Majestad, don Cristóbal de Barrionuevo, teniendo a la vista los propios originales, no teníamos noticias. Tampoco de las que obtuvo don Bernardo Cabero, ni de la que sacó don Josef de Cabrera y Guevara, Escribano Público y del Cabildo de Natá, en 1724.

Sabíamos que don Juan B. Sosa, cuya prematura muerte será siempre lamentada por los que amamos la historia patria, había obsequiado a la *Sociedad Gaspar de Espinosa*, de Natá, copia de varios documentos sobre el mismo acontecimiento, tomados de los que fueron recogidos por el historiador español, señor Muñoz, que se conservan manuscritos en la Biblioteca de la Real Academia de la Historia, en Madrid. Pero de este aporte de Sosa, apenas se publicó una síntesis. Ahí se dice que la ciudad de Natá fue fundada "el sábado, 22 de mayo de 1522". Los documentos que ha publicado en Bogotá el señor doctor Ortega Ricaurte, que dedicó a nuestro distinguido amigo don Narciso Garay, Ministro de Panamá en Colombia, demuestran que hay error de fecha en ese memorable acontecimiento. La fundación de Natá tuvo lugar el domingo, 20 de mayo de 1522, según se ve del acta respectiva, firmada por el propio Pedro Arias Dávila, Lugarteniente General de Castilla del Oro.

Siguiendo ahora nosotros los sucesos que se realizaron entonces, según los documentos publicados a que nos venimos refiriendo, encontramos que ese arrogante mandatario asistió personalmente a la fundación de la ciudad y se hospedó en la casa que en el asiento de Natá tenían el Capitán Francisco de Campofrío, Fernán Ponce de León y Fernando de Soto. —"Parece que aquí en este asiento—decía Arias Dávila— es la mejor disposición, más aparejada para hacer el dicho pueblo, e donde parece que están todos los bastimen-

tos necesarios para la sustentación más a mano, el cual dicho asiento ha por linderos, por la parte del Este, la sabana; o por la otra parte del Oeste, asimesmo; e por la parte del Sur y del Norte, la sabana, en medio de lo cual están dos cerros solos, e los dichos vecinos e pobladores que están presentes les parece que por ahora se debe hacer de poblar dicho pueblo, digo: Que yo señalo y constituyo aquí en este lugar e parte, e porque todas las cosas el buen principio e la mayor parte e principal de ellas, el cual es Dios Todopoderoso, sin el cual no se puede principiar ni acabar cosa alguna que buena sea; e porque en El y por El y en su bendito nombre se han de hacer por principias todas las cosas, especialmente en hacer e fundar pueblos nuevos en nuevas tierras e Provincias, en nombre de nuestra santa fé católica, digo: Que en el principio de dicho pueblo y de la fundación y construcción de él, primeramente y ante todas las cosas sea la iglesia y el sitio e solar que para fundación de ella son menester, lo cual señalo por principio e marca de dicho pueblo, para que desde el dicho asiento e lugar e solares que yo señalo para la fundación de la dicha iglesia, los cuales son estos donde yo ahora primeramente de presente pongo los pies y por señal y en señal que habrá principio, es mi intención e voluntad de hacer e principiar el dicho pueblo, especialmente dicha iglesia, en él pongo una cruz de madera en los solares adonde se ha de fundar la dicha iglesia, la avocación de la cual declaró que sea y se llame señor Santiago, al cual suplico sea abogado e patrono e defensor e ayudador de dicho pueblo e ciudad, de favorecer, aumentar e guardar de todo mal, e dar victoria a los vecinos e pobladores de él ahora y de aquí en adelante contra todos sus enemigos e adversarios, e los libre del poderío del Diablo; la cual dicha iglesia e sitio e solares de ella, que así señalo por marca principal e sitio del dicho pueblo, se deslinda por la parte del Este, la Calle de Santiago; e por la parte del Oeste, la Calle pública que está en medio de la dicha iglesia y la Casa del Cabildo; e por la parte del Norte, la Plaza pública e mayor de la dicha ciudad; e por la parte del Sur, la Calle del Consejo; otro sí, señalo la Plaza mayor y la Casa del Cabildo e las otras calles públicas e solares, según e por la orden e manera que por la traza que

yo hice de la dicha ciudad e pueblo parecen señalados y trazados".

Arias Dávila continuó luego en la organización civil de la ciudad, y el viernes 25 de mayo, consideró que la población tenía suficientes recursos para sostenerse y por ello dió la orden de que todos los moradores de la Provincia de Natá se recogiesen en el asiento escogido por él para la fundación y se hiciesen vecinos, y que el día 26 se eligiesen Alcaldes y Regidores para el período de un año, mientras la Monarquía los designaba a perpetuidad. Presidió la elección el Alcalde Mayor de Tierra Firme, Licenciado Gaspar de Espinosa y los registros fueron llevados por Antón Cuadrado, primer Escribano Público de Natá, nombrado por Arias Dávila.

Estaban presentes los siguientes, primeros vecinos: Gaspar de Espinosa, Alcalde Mayor; Francisco de Campoñón, Capitán; Diego de Arbites, Teniente; Diego de Angulo, Bachiller; y Fernán Ponce de León, Fernando de Soto, Francisco Marmolejo, Domingo Ramos, Juan Ferrol, Rodrigo Urraco, Nicolás de Triana, Hernando de Badajoz, Alonso de Vargas, Alonso Quintero, Francisco Arnao, Fernando de Viga Trompeta, Eugenio Rodríguez, Alonso de Alfaro, Francisco de Villacastín, Alonso de Palma, Cristóbal Rodríguez, Diego de Mora, Pedro Miguel, Pedro de Plasencia, Juan de Baeza, Bartolomé Fernández, Hernando del Castillo, Diego de Torres, Benito de Moya, Diego de Ojuelos, Baltazar de Piña García, Fernández de Rivera, Diego de Aya, Francisco de Bayona, Francisco de Atarase, Gómez de Figueroa, Sebastián de Torres y Juan de Sorno.

Para Alcaldes fueron elegidos cuatro vecinos y doce para Regidores. Pero el Gobernador de Castilla del Oro manifestó que aunque le parecían buenas las personas favorecidas y hábiles para ejercer sus respectivas funciones, consideró que eran muchas las seleccionadas, y solamente acogió los nombres de Diego Ortiz de Zúñiga y Cristóbal de Mendoza, para Alcaldes, y los de Francisco de Campoñón, Fernando de Soto, Rodrigo Mejía, Francisco Marmolejo, Diego Ternero y Diego de Porras, para Regidores. Todos ellos prestaron enseguida el juramento con la curiosa ritualidad de entonces, y el mandatario entregó a los Alcaldes las varas de justicia, como insignias de mando.

Sin pérdida de tiempo, el 27 de mayo se reunieron Alcaldes y Regidores en la casa de Francisco Marmolejo para deliberar. Acordaron allí que debían ser nombrados Mayordos

del Consejo y de la Iglesia, Domingo Ramos y Juan Ferrol, respectivamente, y Diego Caballero, Procurador del Consejo.

Ocho días después de fundada la ciudad de Natá—el 23 de mayo de 1522—se reunió su primer Cabildo. Estaba formado, por disposición de Arias Dávila, por los Alcaldes y Regidores nombrados por Diego Caballero, Procurador de la nueva ciudad, por el representante de las milicias, Tenientes Diego de Albites. Una vez instalado, se dejó constancia en el acta, de que se reunió "para ordenar y proveer en el nombre de la Santísima Trinidad, las cosas convenientes a el bien y utilidad común, a la cual suplicamos nos dé gracia para que si ahora de presente, como de aquí adelante podamos acertar, regir e gobernar y ordenar todas las cosas tocantes a el bien y procomún de esta dicha ciudad y de la cosa pública, e a todos los de los demás que después de nosotros sucedieren en los dichos oficios, por manera que mediante Dios Nuestro Señor y de su bendita Madre y del bienaventurado señor Santiago, el cual tomamos y elegimos por principal abogado y conservador de ella en la Corte Celestial, la población e vecinos e personas e todas las otras cosas de ella, vayan siempre en acrecentamiento, por manera que Dios Nuestro Señor y sus Altezas sean muy servidos en nuestra santa fe católica, sea aumentada e plantada en los caciques e indios convertidos a nuestra santa fé católica, con la conversación e buen tratamiento y doctrina de los dichos vecinos y pobladores".

Invocando, pues, la protección divina para sus labores en beneficio común, se instaló el primer Cabildo de Natá. Enseguida se aprobó una moción en el sentido de que los lunes y viernes de cada semana, después de oír misa, se reuniese el Cabildo en sesiones ordinarias, bajo pena de un tomín de oro, que se invertiría en el arreglo de la casa del Cabildo, a quien no asistiese a las sesiones.

Laborioso y previsor, el primer Cabildo de Natá demostró su interés por el bien general. Preocupado porque el Lugarteniente General debía regresar pronto a Santa María la Antigua del Darién, sede de su gobierno, se trasladó en plena a la residencia de Arias Dávila y allí le entregó un pliego de peticiones que le fueron leídas al mandatario por Antón Cuadrado, Escribano Público, y que nosotros sintetizamos y puntualizamos así:

Primera. Que se señalasen los términos jurisdiccionales de Natá, de la siguiente manera:

Por el Este, "desde donde comienza la Provincia de Chirú;

Por el Oeste, hasta la Provincia de Aguisa;

Por el Sur, todas las islas que quedasen dentro de los linderos del Este, Suroeste, hasta cien leguas de la mar del Norte a Sur; y

Por el Norte, otras tantas de tierra como hay de los dichos límites de la Provincia de Chirú hasta la Provincia de Guerra, por manera que llegando los términos de esta ciudad de una mar a otra, con igual cantidad de costas en los dos mares, con los caciques e indios que están dentro de estos linderos, sin dejar allí repartimiento a personas que no fueren vecinos de la Provincia de Natá;"

Segunda. Que se señalasen los terrenos que se destinaren a baldío, los que fueren para egidos y para pastos de ganados al servicio de la ciudad;

Tercera. Que se revocasen cualesquiera repartimientos que se hubiesen hecho a vecinos de otros pueblos dentro de los términos jurisdiccionales de la ciudad de Natá;

Cuarta. Que se concediese a los vecinos y pobladores de Natá, sacar de sus repartimientos cierto número de indios para el respectivo servicio de sus casas;

Quinta. Que se revocasen cualesquiera cédulas que se hubiesen expedido por rescate, hasta el límite de los caciques de Burica;

Sexta. Que se hiciese merced a los vecinos de Natá para que lo repartimientos fuesen más crecidos que los de los vecinos de Panamá;

Séptima. Que como en la jurisdicción de la ciudad de Natá se laboraba la sal marina, se exonerase a los productores del pago de impuestos, por siete años;

Octava. Que se reglamentase la búsqueda de minas y lo que los descubridores debían pagar al Tesoro Real;

Novena. Que como algunas personas codiciosas se hacían pasar por vecinos de Natá para obtener provechos, pero sin ánimo de residir en la población, era conveniente que antes de ausentarse el señor Lugarteniente General para Santa María la Antigua del Darién, proveyese que tales personas debían permanecer en el pueblo, bajo penas de perder los rescates, si fuesen indios, y los provechos que hubiesen recibido;

Décima. Que se concediese a Natá el cacique Paris y cien indios;

Undécima. Que se le concediesen a la ciudad los diezmos y primicias en los cultivos y cría de ganados de sus linderos, por el término de seis años;

Duodécima. Que de lo que se había recogido en oro por el rescate de caciques dentro de la jurisdicción de Natá, y que fue entregada sin deducir los gastos hechos, se le diese a la ciudad de Panamá la mitad de lo recaudado, y un tercio a Natá, poniendo el oro en depósito; y el resto, que se destinase como auxilio para la construcción del camino de Nombre de Dios a Panamá;

Décima tercera. Que el oro que el señor Lugarteniente General hizo merced a la iglesia para la compra de ornamentos, se entregase al Mayordomo de ella, para que lo fundiera, pagara el quinto a sus Altezas y lo demás que fuere necesario para el culto, destinando el excedente para los ornamentos;

Décima cuarta. Que se proveyese de Alguacil Mayor de la Justicia ordinaria de la ciudad de Natá, o se le diese facultad al Regimiento y Cabildo para proveerlo;

Décima quinta. Que se mandase investigar la conducta del Capitán Gil González y su gente, durante su expedición de conquista por la costa del Sur, pues al pasar por tierras de la Provincia de Natá, causó grandes daños a los indios encomendados a los vecinos de la población, prendiéndolos y dañándoles sus sementeras, con lo cual inspiró desconfianza en los caciques; y que una vez concluida la investigación, se diesen noticias a Su Majestad, para que les impusiese el castigo correspondiente;

Décima sexta. Que Gil González con sus cien hombres castellanos pusieron en extremo peligro a moradores de los lugares de su paso y muy especialmente a los de Natá, que tenían necesidad de sostener la guerra a los caciques Urraca y Esquegua, por lo cual pedían se le prohibiese a ese Capitán, y a cualesquiera otros, sacar gentes de la Provincia de Natá, que eran necesarias para poblarla;

Décima séptima. Que se tomasen las medidas conducentes a capturar y hacer salir de tierras de Natá al perverso cacique Acherse, que se alzó y huyó para unirse a los caciques enemigos Urraca y Esquegua, y hacer la guerra a los cristianos y dar muerte a los vecinos de Natá; que el castigo que se le impusiese debía ser ejemplar, a fin de que los demás caciques comarcanos así lo entendiesen; que se comisionase al Teniente Diego de Albites para que hiciese la pesquisa con orden de no permitir más caciques en la jurisdicción de Natá; que las personas que no fueron requisadas cuando se hizo la inspección general, quedasen con los principales que las tenían cuando el cacique de Natá se presentó

a Francisco Pizarro; y que desde el 1º de enero de 1521, en adelante, los indios que se ausentaren o fuesen tomados, de cualquier modo, se devolverían al primer poseedor de ellos;

Décima octava. Que se le hiciese la guerra al referido cacique *Acherse*, por haberse ausentado de la Provincia de Natá para la de Coclé, en actitud de rebeldía, pues a pesar de habérsele amonestado para que fuese a visitar al Capitán General, habiéndosele devuelto el oro, la ropa y la gente que se le había tomado para tenerlo de paz, quebrantó su compromiso con el Capitán Bartolomé Cum;

Décima novena. Que se ordenase al Teniente Gobernador Diego de Albites, que hiciese la guerra a todos los caciques rebeldes;

Vigésima. Que como era difícil y costoso para los vecinos de Natá, viajar hasta Santa María la Antigua del Darién para demandar o pedir mercedes al Capitán General y Gobernador de Castilla del Oro, o para declarar la guerra a los caciques, o acordar la paz, pedían que se le dejasen instrucciones a Diego de Albites, nombrado Teniente Gobernador de Natá, de todo lo que debiese hacer, con poder y facultad necesarios para dirigir y resolver las cosas de gobierno.

\* \* \*

Esas fueron las peticiones más importantes que el Primer Cabildo hizo a Pedro Arias Dávila, durante su permanencia en Natá. Casi todas fueron atendidas. Allí mismo fijó el supremo mandatario los egidos de la ciudad, a todo lo largo del Río Chico, que los indios llamaban *Paracaya*, y las demás tierras que para ello fuesen necesarias, a juicio de su representante oficial y de la Justicia y Regimiento de la ciudad. Así mismo señaló los límites jurisdiccionales de Natá, en una extensa zona, que hoy comprendería toda la Provincia de Coclé, y parte considerable de las de Panamá, Los Santos y Veraguas, de la cual únicamente se excluía el Ducado de Veragua, porque pertenecía al Almirante don Diego Colón. Dispuso, igualmente, que se midiesen los solares de la ciudad, teniendo de frente "cien pasos, que son doscientos y un pie de marca, así de delantera como de traviesa", y encomendó el reparto de ellos a Diego Caballero, Procurador General de Natá, y a Pedro Miguel, que debería cobrar como salario, medio peso por casa solar.

El mismo día de la fundación oficial de Natá, 20 de mayo de 1522, Pedro Arias Dávila, personalmente, fijó y marcó los lugares para edificar en ellos la Iglesia y la Casa del Ca-

bildo, lo mismo que los destinados para plazas y calles públicas. Para la Iglesia y Casa del Cabildo destinó dos solares, correspondiendo a la primera mayor cantidad de terreno que a la segunda, dejando entre una y otra una calle pública. Para las plazas, "una isleta entera de cuatro solares". Y, finalmente, trazó doce calles principales, de catorce varias de ancho, rectas, y cuatro transversales. A las calles principales puso los siguientes nombres:

Calle de Santiago; Calle de Panamá; Calle de Irosa; Calle de Cooles; Calle de la Sierra; Calle de Urraca; Calle de Escoria; Calle de París; Calle del Concejo; Calle de Esquegua; Calle de la Mar, y Calle del Caño.

Los nombres de nuestros fieros caciques se vieron de ese modo honrados por aquel tremendo capitán de la conquista. Ninguno de ellos se conserva en las calles de nuestra ciudad nativa, como recuerdo o como símbolo. Difícil tarea de investigación del pasado, será saber cuando fueron cambiados. El choque de flechas y de picas, el aliento volcánico de entonces, ha sido sustituido por el fresco rumor de la campiña. Del vértigo creador de los aventureros, de su fé en la divinidad, resisten aún los embates del tiempo, la suntuosa Iglesia Mayor y la menor de San Juan de Dios. La de Nuestra Señora de la Soledad, cedió el paso a las trituradoras que llegaban pregonando el progreso. A veces, cuando nos ponemos a contemplar la torre majestuosa de la Iglesia Mayor, y los encajes, volutas, tallados y adornos en madera de los altares, surge del fondo del espíritu la visión emocionada de aquellos hombres de vitalidad desbordante, amantes de la lucha viril, de la brega peligrosa para acaparar el oro y la tierra, encendidos de coraje, como si fuesen chispas de una fragua crepitante, que llevaban tales cualidades en mezcla confusa con la insignia suprema de la piedad cristiana, con la religiosidad fanática y también con la hidalguía caballeriza y romántica.

A una de las actuales calles de Natá, se le ha puesto recientemente el nombre del Licenciado Gaspar de Espinosa, Alcalde Mayor de Tierra Firme. Encantado con el panorama y la fertilidad de las tierras, demoró el Licenciado cuatro meses en Natá, cuando iba en viaje de venganza y de conquista, en 1516, contra Atatara, gran señor de París, que había derrotado a Badajoz. Fue el Licenciado Espinosa quien recomendó a Pedro Arias Dávila, Gobernador y Capitán General de Castilla del Oro, la fundación oficial de Natá. Bien que-

# LA REVISTA "LOTERIA"

LEA USTED LA REVISTA

## "LOTERIA"

órgano mensual de la Lotería Nacional de Beneficencia  
de la República de Panamá, fundada en el año de 1941.

— DISTRIBUCION GRATUITA —

Cada número trae el selecto material que pasa a expresarse:

*Galería de Presidentes de la República de Panamá;*  
*Gabinete del Gobierno Nacional;*  
*página poética istmeña,*  
*cuentos panameños;*  
*frases célebres;*  
*páginas de historia;*  
*biografías de hombres públicos nacionales;*  
*geografía del Istmo;*  
*estampas gráficas de antaño;*  
*números de la Lotería Nacional favorecidos en*  
*cada mes,*  
*anécdotas criollas*  
*y temas pedagógicos, financieros y sociológicos,*

TODO ELLO DE RANCIO SABOR VERNACULO.

En cada mes puede usted ver una portada  
con motivos panameños.

La correspondencia debe ser dirigida al apartado de correos 973

— DISTRIBUCION GRATUITA —

Director:

Jose Guillermo BATALLA.

Redactor Jefe:

Juan Antonio SUSTO.

La correspondencia debe ser dirigida al apartado de correos 973.

# LOTERIA NACIONAL DE BENEFICENCIA

## PLAN DEL SORTEO ORDINARIO

de dos series de 26 fracciones  
cada una denominadas Series "A" y "B"

### PRIMER PREMIO

1	Premio Mayor de .....	B/.52.000
1	Segundo Premio de .....	15.600
1	Tercer Premio de .....	7.800
18	Aproximaciones de B/. 520.00 cada una .....	9.360
9	Premios de 2,600.00 " " .....	23.400
90	" " 156.00 " " .....	14.040
900	" " 52.00 " " .....	46.800

### SEGUNDO PREMIO

18	Aproximaciones de B/. 130.00 cada una .....	2.340
9	" " 260.00 " " .....	2.340

### TERCER PREMIO

18	Aproximaciones de B/. 104.00 cada una .....	1.872
9	" " 156.00 " " .....	1.404

1.074 Premios

Total B/.176.956

**Precio del Billete entero, B. 26.00**

**Precio de la fracción de Billete, B. 0.50**

# GUERRA AL CHANCE CLANDESTINO

Cuando usted compra chance clandestino se expone a que no le paguen. Son innumerables los casos en que esto ha sucedido.



Cuando Ud. compra chance clandestino, en vez de cooperar al mantenimiento de las diversas instituciones de caridad con que cuenta el país, está Usted contribuyendo a aumentar el peculio individual de quienes se dedican a este negocio.



Un bill de chance clandestino que Usted compra representa una ración alimenticia que le está quitando a un enfermo menes-teroso en nuestros hospitales de caridad o a un niño pobre en nuestros comedores escolares.



Absténgase, pues, de comprar chance clandestino y compre únicamente el oficial de la Lotería Nacional de Beneficencia.

# **THE STAR & HERALD Co.**

**(LA ESTRELLA DE PANAMA)**



**TIPOGRAFIA**  
**LITOGRAFIA**  
**FOTOGRAFADO**  
**RELIEVE**  
**ENCUADERNACION**  
**PAPELERIA**

≡ **EL MEJOR EQUIPO** ≡

**Y EL MAS MODERNO DE HISPANO-AMERICA**



**PANAMA, R. DE P.**

**Teléfono 696**

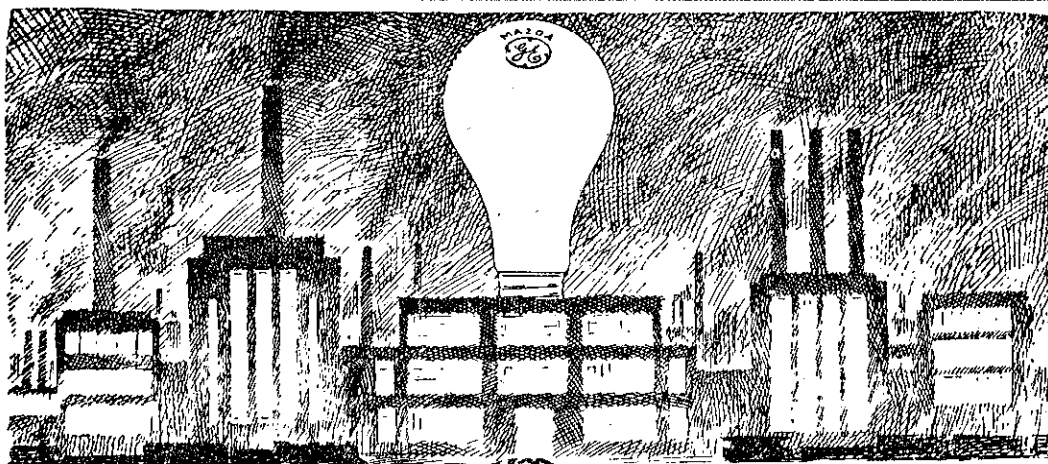
**Apartado 159**

**NUMERO 8**

**CALLE DEMETRIO H. BRID**

**No. 8**



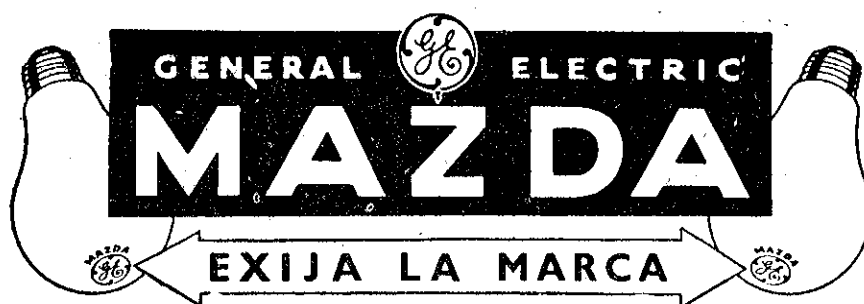


## La Guerra de Fábricas

La guerra actual es una guerra de máquinas y fábricas. Las fábricas necesitan bombillas eléctricas para poder trabajar sin interrupción por espacio de 24 horas por día. Como consecuencia, existen restricciones en los suministros de Bombillas G.E. Mazda.

Siempre es un buen proceder el comprar lo mejor, pero especialmente cuando los suministros son limitados; por consiguiente, les aconsejamos que adquieran un suministro de reserva de Bombillas G.E. Mazda sin demora, cuando estén disponibles, con el objeto de evitarse desengaños probables más adelante.

Podemos asegurarles que por nuestra parte estamos haciendo todo lo posible para satisfacer la demanda de nuestros clientes y distribuimos los suministros disponibles con una imparcialidad escrupulosa.



# COMPañIA PANAMEñA DE FUERZA Y LUZ

SIEMPRE A SUS ORDENES

PANAMA

COLON



En un Pabellón de Maternidad del Hospital Santo Tomás,  
Institución que sostiene la Lotería.

- ASISTENCIA SOCIAL, EN SU MAS AMPLIO SENTIDO, ES LA FINALIDAD EXCLUSIVA DE LA LOTERIA NACIONAL DE BENEFICENCIA



- SE DESTINA TODO SU PRODUCTO A LA AYUDA Y SOSTENIMIENTO DE HOSPITALES, CLINICAS, ESCUELAS, PREVENTORIOS Y ASILOS; DISEMINADOS POR TODO NUESTRO PAIS.



- COMPRE USTED SUS BILLETES TODAS LAS SEMANAS COLABORANDO ASI A LA OBRA BENEFICA DE ESTA INSTITUCION, Y DEJESE SORPRENDER GRATAMENTE CON LOS PREMIOS GENEROSOS QUE DISTRIBUYE.